7095

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

METERSE Á REDENTOR

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1887.

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JULIO DE 1887.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Dos pájaros de un tiro	1	D. Larra y Gullón	Todo.
Entrar por el aro	1	José Morte	»
Las bodas	1	Cid Rodriguez	»
Los dos colosos	1	Manuel Izquierdo	»
Meterse á redentor	3	Miguel Echegaray	»

ZARZUELAS.

¡Ay, amor cómo me has puesto!..	1	D. Tomás Gómez	M.
Barba azul, petit	1	Mangiagalli	M.
Bou-Amema	1	Tomás Gómez	M.
Canutito	1	Manuel Nieto	M.
Chateau Margaux	1	Fernandez Caballero	M.
Con la miel en los labios	1	Sánchez Seña y Comez	L. y M.
Don Dinero	1	Perrin y Palacio	L.
Efectos de la gran vía	1	Rafael M. Liern	L.
El Bazar H	1	M. Fernandez Caballero	M.
El doctor Faustito	1	Tomás Gómez	M.
El siglo de las luces	1	E. Navarro	L.
El Sr. Gallina	1	Segovia y Taboada	L. y M.
El Sr. Juez	1	Rafael Taboada	M.
El sistema decimal	1	Tomás Gómez	M.
El tío en Indias	1	Manuel Nieto	M.
En las ventas	1	Tomás Gómez	M.
En un lugar de la Mancha	1	Larra y Arnedo	L. y M.
La niña de los lunares	1	Tomás Gómez	M.
La perla Malagueña	1	Tomas Gómez	M.
La pequeña vía	1	Tomás Gómez	1/3 M.
La revolución	1	Fernandez Caballero	M.
La risa del conejo	1	Tomás Gómez	M.
Lista de compañía	1	Larra, Gullón y Caballero	L. y M.
Manicomio político	1	Tomás Gómez	M.
Perico el de los palotes	1	Larra, Gullón y Taboada	L. y M.
Por las Carolinas	1	Tomás Gómez	M.
Por sacar la cara	1	M. Fernandez Caballero	M.
Por un capricho	1	Tomás Gómez	M.
se Gisa deco Mer	1	Calixto Navarro	L.
¡Sinfonía!	1	Llanos	L.
Sin los dos	1	Tomás Gómez	M.
Tercero de derecho	1	Signer y Alvarez	L. y M.
Tocador de señoras	1	Llanos	L. y M.
Un gatito de Madrid	1	Segovia y Taboada	L. y M.
Vamos á ver eso	1	Navarro y Fernz. Caballero	L. y M.
Venir por lana	1	Zumel	L.
Vista y sentencia	1	Tomás Gómez	1/2 M.
Una broma en Carnaval	3	Casademunt y Strauss	L. y M.

METERSE Á REDENTOR

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA en la noche del 24 de Octubre de 1887.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ.
Atocha, 100, *principal*.

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
TRINIDAD.....	Sras. Eloisa Górriz.
AMALIA.....	Julia Martínez.
JULIA.....	Sra. Lamadrid.
JUAN.....	Sres. D. Emilio Mario.
MANUEL.....	Sánchez de León.
EL GENERAL.....	Federico Tamayo.
MARTÍN.....	S. Urquijo.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galeria Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Habitación amueblada con lujo. Mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

MANUEL paseándose.

¡Qué tres dias he pasado!
En tres dias no la he visto,
aunque lo intenté cien veces,
y no verla es mi suplicio.
Se esconde y huye de mí,
más su actitud no es desvío.
¡Se aleja porque me quiere
con el alma! Ha comprendido.
que no podrá resistir
á mis amorosos ímpetus,
que no es dueña de sí misma,
se vé al borde del abismo
y pugna por no caer
espantada del peligro;
más su resistencia es vana
porque tengo su albedrío,
y he de empujarla con fuerza,
amante y no compasivo,
hasta que los dos vayamos
al fondo del precipicio.

611175

Si mi mujer adivina...
No me importa. No vacilo,
ni dudo, ni me detengo,
y á soportar me resigno
las consecuencias. Bien sé
que en su carácter tranquilo
hay un fondo rencoroso
y violento y vengativo
y que no ha de perdonarme.
¡Cómo ha de ser! Yo no pido
perdón, ni excusa, ni nada.
Pero estoy loco y deliro.
¡Por qué ha de saber Amalia
mi pasión! No soy un niño
y sabré disimular
y engañarla. ¡Es tan sencillo
engañar á una mujer!
Ni mujeres, ni maridos
ven claro, y ella verá
lo que yo quiera, á mi arbitrio.
Pero si va á delatarme
esta inquietud en que vivo.
¡Es necesario concluir!
¡Esta duda es un suplicio!
¡La amenazaré con dar
un escándalo. ¡La escribo
ya que no me quiere ver!
Ramón es un mozo listo,
y hará llegar á sus manos
la carta. Así la intimido
y cede. La pediré
una cita. Sí... Ahora mismo.
Á la mesa. (Se sienta.)
(Escribe.) «Vida mía,
amor mío, y dueño mio.»

ESCENA II.

MANUEL y AMALIA por la izquierda.

AMALIA. (Adelantándose hasta la mesa.)
¿Á quién escribes?

MAN. (¡Amalia!)
(Se levanta y estruja el papel en la mano derecha.)
AMALIA. ¿Qué es eso?
MAN. ¡Tan de improviso
entraste! No te esperaba.
Aquí en mi carta embebido
no he podido reprimir
un movimiento.
AMALIA. ¡Dios mío!
¡Qué nervioso! Yo te asusto.
No soy ningún basilisco.
Si tu carta la inspiraba
un inocente motivo,
no hay razón para alarmarse
tampoco.
MAN. Carta á un amigo
sobre asuntos de intereses.
AMALIA. Me alegro.
MAN. Y con tu permiso
voy á seguir.
AMALIA. Á empezar
más bien, porque el papelito
en la mano lo estrujaste
con tal fuerza y con tal brío
que ya no podrá servir.
MAN. Dices bien. No se ha perdido
mucho.
AMALIA. Un pliego de papel.
No dejarás de ser rico.
Toma otro pliego.
MAN. Á eso voy.
AMALIA. Y tira ese.
MAN. Ya le tiro.
AMALIA. Ese no sirve.
MAN. No sirve.
AMALIA. Pues al cesto sin cumplido.
MAN. Al cesto. (Sin moverse.)
AMALIA. Anda, ¿En qué piensas?
Le has tomado tal cariño
que no le quieres soltar.
Sigue el bribón escondido
en tu mano, y en la palma

le guardas con tal ahinco
que el menos listo diría
al verte tan aturdido,
que escondes algún tesoro
ú ocultas algún delito!

MAN. ¡Un delito! ¡Una traición!
¡Qué mujeres! ¡Qué delirios
en esas pobres cabezas!
¡Por el motivo más ínfimo
esas imaginaciones
que viven en un contínuo
movimiento, desvarian
pensando unos desatinos!

AMALIA. Es verdad; mas si estoy loca
tu puedes volverme el juicio.
Es la cosa mas sencilla.
Abre por Dios esos cinco,
no dedos sino tenazas,
da libertad al cautivo.
Deja que yo desarrugue
el papel, lo haré con mimo.
Deja que lea un renglon,
solo un reglon, el principio.
Donde dice: amigo Juan...
Deseo vender los títulos.
Nada más. Yo soy discreta
y te juro que no sigo
leyendo...

MAN. ¡Qué tontería.

AMALIA. No es tontería.

MAN. Un capricho
como de mujer.

AMALIA. No hay tal.
Es un deseo legítimo.

MAN. Es una curiosidad
indiscreta.

AMALIA. Convenido.

MAN. Y que envuelve una sospecha
que me ofende, y me lastimo
de que sospeches de mí,
porque no soy tan indigno...

AMALIA. Pues abre esa mano, hombre,

y enséñame el contenido
del papel y me confundes.

MAN. No lo haré: como castigo
de tu terquedad, jamás
has de saber lo que he escrito.

AMALIA. ¿Jamás? ¡Y tú eres el hombre
de mundo! Ya lo he leido,
Manuel. Tu mano crispada
y tus ojos me lo han dicho.
Ahí dice: mi amor, mi vida
ó cosas por el estilo.
Ahí dice: ¡Te amo, te adoro,
por tí muero y por tí vivo!
Ahí dice: ¿qué importa Amalia?
Y no dice el consabido
«tu Manuel» porque llegué
en el momento más crítico
á impedir que fuera suyo
un Manuel que ya no es mío.

MAN. ¡Jesús! Jesús! que cabeza.
Está loca. Soy perdido.
Vaya, adios; cuando se pase
el ataque manda aviso
y vendré á ver si podemos
hablar con calma y con juicio.
¡Mi amor, mi vida, te adoro!
Pero ¡cuánto desatino!
(Sale por la derecha.)

ESCENA III.

AMALIA.

—Desatinos... Pero él
no abre la mano ni á tiros,
y se marcha declamando,
pero á puñetazo limpio.
Ya no me quiere... Á mi lado,
¡qué indiferente, qué frío!
Hay otra; más donde está?
No veo por más que miro.

No es ninguna amiga mía,
no, yo hubiera sorprendido
alguna mirada, un gesto,
una sonrisa... En mil signos
se denuncian los amantes,
siempre tan irreflexivos.
¡Como yo la encuentre y haya
padre ó hermano ó marido,
me vengaré de los dos!
Pero ¿quién será, Dios mío!

ESCENA IV.

AMALIA, y JUAN por el fondo.

JUAN. Amalia; á los pies de usté.
AMALIA. ¿Qué tal, Juan? ¿cómo le vá?
JUAN. Muy bien. ¿Qué tal por acá?
AMALIA. Como siempre. Siéntese
y deje el sombrero ahí
JUAN. Voy. Muchas gracias, señora.
(Se sientan.)
¿Y Manuel?
AMALIA. En casa. Ahora
le diremos que está aquí
y hablaremos entretanto.
¿Y anoche, qué tal ha ido?
JUAN. Bien.
AMALIA. Me ha dicho mi marido
que se divirtieron tanto,
usted, él y no se quién.
JUAN. Sí. (Por lo visto estuvimos
juntos y nos divertimos.)
Se pasó muy bien, muy bien.
AMALIA. ¿Y dónde?
JUAN. (¿Qué digo ahora?)
Pues fuimos... pues hemos ido.
(¿Por qué no me habrá advertido
ese animal?) Si señora,
pasamos bien tres ó cuatro
horas de conversación.

AMALIA. ¿Es bonita la función?
JUAN. (Respiro. ¡Fuí al teatro!)
¡Oh! brillante, si señora.
Estuvo el Real brillante.
Tanta mujer elegante,
tanta niña encantadora.
Un éxito colosal
de lo poco que se vé.
Esas óperas de... de...
Esas no tienen rival.
La tiple canta así... así.
Á mí no me disgustó.
En algunas notas... no.
Pero algunas otras... sí.
Al tenor oígale usté,
es cantante de provecho.
Dá un hermoso do de pecho
cuando la tiple dá un ré.
Al bajo se le aplaudió;
mas sin razón para mí.
El bajo estuvo así... así,
mas al final se creció.
La orquesta sin ejemplar,
es una orquesta acabada,
la mise en scene muy cuidada
y los coros regular.
Más sobre todos brilló
el barítono... Presencia,
arte, voz, inteligencia.
¡De qué manera cantó
sin desentonos, ni gallos,
ni fermatas con exceso!
¡Qué admirable!
AMALIA. ¿Y todo eso
en el Circo de caballos?
JUAN. ¿Cómo en el Circo?
AMALIA. Cabal.
Mi marido me ha contado
que vió un caballo amaestrado
que dá un salto colosal,
y una gentil amazona
que tiene un cuerpo divino

y luego un gigante chino
que no parece persona,
y uno que al techo subió
y por él se paseaba.

JUAN. ¿En el Circo!

AMALIA. Eso contaba.

JUAN. (Pues la plancha la he hecho yo.)
¿Usted se refiere á ayer?
Fuimos al Circo, sí tal,
pero después al Real.
¿Quién puede en un Circo ver
el espectáculo entero?
La segunda parte.

AMALIA. ¿Sí?

JUAN. Luego á la ópera.

AMALIA. ¿Y allí
vieron el acto primero?

JUAN. Bien... vamos, me he confundido.

AMALIA. En resúmen, francamente,
que es usted un excelente
amigo de mi marido.

JUAN. Él con su amistad me honró,
y yo le pago.

AMALIA. En buen hora.

JUAN. Mas también de usted, señora.

AMALIA. Eso no lo niego yo.
Es un amigo sincero
que nos quiere lealmente,
una persona excelente
y un perfecto caballero.
Habrá muy pocos iguales.
Lo digo de corazón.

JUAN. Sí, después del revolcón
me da usted flores cordiales.

AMALIA. Herirle no pretendí,
ese dolor pronto pasa.
Crea usted que en esta casa
los golpes son para mí.
Manuel hace tiempo que es
otro. Le voy á llamar.
Ustedes tendrán que hablar.
Adios, Juan.

JUAN. Hasta después.

ESCENA V.

JUAN.

Sí, señora; sí, señora.
Tiene usted mucha razón.
Su marido es un bribón,
es un pillo. Á toda hora
le estoy diciendo lo mismo
mas no hace caso de mí.
¡Pobre muchacha! ¡Y aquí
se prepara un cataclismo!
¿Quién vé con indiferencia
este cuadro? Por supuesto
que yo debo arreglar esto..
Es un deber de conciencia.
Dirán que ni entro ni salgo
en esto; pero yo digo.
Señor, aquél que es amigo,
es amigo para algo.
¡Quién puede verlo con calma!
Con tal mujer ser infiel!
¡Yo soy un amigo de él,
y debo romperle el alma!

ESCENA VI.

JUAN, y MANUEL por la derecha.

MAN. ¿Qué tal, Juan?
JUAN. Y tú, Manuel.
MAN. Con muy mal humor.
JUAN. Me alegro.
MAN. ¡Me han hecho pasar un rato!
JUAN. Pues el mío ha sido bueno.
MAN. Entró aquí de pronto Amalia
y me sorprendió escribiendo
una carta, y se llenó
de sospechas y de celos,
y quiso leerla y tuvimos

un altercado muy sério.
JUAN. Pues á mí me ha pasado
cinco ó seis veces lo ménos
desde el Circo hasta el Real
sin el menor cumplimiento,
obligándome á hacer trinos
y á dar saltos y volteos.
Como la dijiste tú
que fuí contigo.
MAN. Digo eso
para inspirarla confianza.
JUAN. ¿Y tú estuviste?
MAN. Yo ciego
buscándola.
JUAN. ¡Pero hombre!
MAN. Sin hallarla.
JUAN. Lo celebro.
MAN. Se esconde de mí.
JUAN. Bien hace.
MAN. ¡Estoy loco!
JUAN. ¡Estamos frescos!
Pero vuelve en tí, Manuel.
Pero piensa.
MAN. No, yo quiero
con frenesí, con pasión,
y el que así quiere está enfermo
de todo el cuerpo, del alma,
del corazón, del cerebro,
y tiene fiebre y delira,
y pues deliro no pienso,
y á mí no pueden llegar
ni razones ni argumentos.
Suprime pues el sermón
que llevas todo el invierno
predicando, y como ves,
has predicado en desierto.
Y después de todo, ¿á tí,
qué te importa todo esto?
JUAN. Me importa, ¡sí que importa!
¿Soy de estuco? Yo no siento?
Yo soy un amigo tuyo
leal, salvarte pretendo,

y un buen amigo de Amalia
que merece tus respetos,
y un amigo de la otra
que es un serafín del cielo,
y un amigo del marido
de la otra, que es modelo
de maridos. Por lo tanto,
me importa mucho y protesto
de tus ciegos arrebatos
y tus locos devaneos
en nombre de la justicia,
de la moral, del derecho,
del bien, del orden social,
de la amistad, de los fueros
de la razón y de Dios
y de la tierra y del cielo.

MAN. ¡Pero si yo no hago daño!

JUAN. ¡Pues me gusta!

MAN. ¡Si no ofendo
á nadie! Si es este amor
aunque profundo y violento,
ideal, puro, platónico.

JUAN. No prosigas. Ya sabemos
lo que son esos amores.
Eres turco y no te creo.
Platón predicó el amor
puro, pero en estos tiempos
prácticos y positivos
Platón ha perdido el pleito:
¡y la mujer que se olvida
del marido en un momento
de pasión, se va á acordar
de Platón ni de los griegos!
¡Yo tuve un amigo!

MAN. ¡Ay Dios!
¡Otro amigo!

JUAN. ¡Pobre Ernesto!
Concibió un amor platónico,
sin mezcla de algún deseo,
por una niña platónica,
ángel purísimo y bello.
Se amaron y se adoraron

y se idolatraron... Bueno.
¿Cuál fué el término de aquél
platónico sentimiento?
El padre lo supo todo;
dió una paliza al mancebo:
cuatro amigos cariñosos
mediaron y se batieron.
Tableau. Resultó mi amigo
con una pierna de menos,
el padre fué al hospital
doce meses, á un convento
la desventurada joven,
y al ama un niño de pecho;
porque hubo también un niño,
¡platónico por supuesto!

MAN. Calla, viene mi mujer.

JUAN. (Nada, nada, yo lo arreglo.)

ESCENA VII.

DICHOS, y AMALIA por la derecha.

AMALIA. ¿Se puede entrar?

JUAN. ¿Cómo no?

MAN. Entra, Amalia.

AMALIA. Si es secreto
el asunto...

JUAN. No, señora.

AMALIA. En verdad, no debe serlo.
Les escuché con viveza
disputar.

MAN. Sí: discutiendo
con este demonio de hombre
de su tema predilecto:
el matrimonio. Empeñado
en no casarse.

AMALIA. No entiendo
en usted tal decisión.
Si usted fuera un usurero,
un avaro, un egoista,
un misántropo; usted bueno,

generoso, tan amigo
de todo el mundo, tan recto...

JUAN. Usted me da la razón,
señora.

AMALIA. Pues no la veo.

JUAN. He observado que la vida
es un contraste perpétuo.
La mujer sensible, honrada,
hacendosa, sin un pero,
dá siempre con algún pillo
que la engaña.

AMALIA. Hay mil ejemplos
de esa verdad.

JUAN. Sí, señora.

AMALIA. Muchos casos.

JUAN. Muchos.

AMALIA. Vemos
por desgracia á cada instante...

MAN. (Nada, yo sin entenderlo.)

JUAN. Y por el contrario, el hombre
leal, decente y caballero,
se une á una mujer indigna;
usted me ha llamado bueno,
y yo soy de su opinión
aunque peque de inmodesto;
luego á mí me corresponde
de este mundo en el sorteo
fatal, de fijo, una loca
que me pondrá como nuevo.

AMALIA. ¿De suerte que usted no ataca
al matrimonio?

JUAN. Tan necio
no soy.

AMALIA. Cree que la familia...

JUAN. Es el más firme sustento
de la sociedad.

MAN. Tú tienes
miedo.

JUAN. Tú lo has dicho ¡miedo!
Un miedo horrible, cerval,
inconmensurable, inmenso.

AMALIA. Busque usted una mujer

de muchísimo talento.

JUAN. No basta.

MAN. Busca una amable,
muy cariñosa.

JUAN. Ya empiezo
á escamarme.

MAN. Búscala
muy guapa.

JUAN. Entonces me muero
del susto.

MAN. Pues busca un coco
y que tenga muy mal genio.

JUAN. Con un coco no me caso
yo.

MAN. Pues quédate soltero.

JUAN. Eso es lo que voy á hacer.
Además, que ya soy viejo,
he pasado de la edad.
Todas las noches me encuentro
con alguna cana nueva!

AMALIA. Vaya, pues yo tengo empeño
en casarle.

JUAN. ¡Qué manía!
¡Por Dios, Amalia!

MAN. Yo tengo
una candidata.

AMALIA. ¿Cuál?

JUAN. ¿Quién?

MAN. ¡Trinidad!

JUAN. ¡Dios del cielo!
Si me inspiran miedo todas,
lo que es esa... ante esa siento
espanto, terror.

AMALIA. ¿Es mala?

JUAN. No es mala. Yo no la niego
sus brillantes cualidades,
sus indiscutibles méritos.
Tengo miedo á su carácter.
¡Tiene un pronto, tiene un fuego,
un ímpetu, unas vehemencias!
Siempre la está sucediendo
algún percance. ¡Habla tanto

y se mueve tanto!

AMALIA. Creo
que no debe usted seguir,
porque he escuchado un tremendo
campanillazo, y es ella
de seguro.

JUAN. Pues callemos.

ESCENA VIII.

DICHOS y TRINIDAD.

TRIN. (Por el fondo muy deprisa.)
¡Ay! ¡Amalia mía!!

AMALIA. ¡Qué!

TRIN. ¡Una silla, por piedad!

MAN. ¡Qué la pasa, Trinidad!

TRIN. Una silla.

AMALIA. Siéntate.
(Se sienta Trinidad. La rodean.)
¿Pero qué te pasa, dí?

TRIN. Unas cosas horrorosas,
terribles, en fin, las cosas
que me suceden á mí.
No me puedo contener.
Este carácter vehemente,
apasionado, imprudente,
es el que me va á perder.
Uno con otro se empalma.
¡Cuánto lance desgraciado!
Pero no te he saludado.
¡Perdona, Amalia del alma.
(Se levanta de repente; saluda á todos.)
¿Cómo estás? Encantadora.
¡Jesús! ¡qué beso más frío!
Perdone usté, amigo mío;
Juan, dispense usted.

JUAN. Señora.

TRIN. ¡Qué día más desgraciado!
¡No puedo tenerme en pié!

AMALIA. Siéntate.

TRIN. (Se sienta.) Me sentaré.

AMALIA. Cuéntanos lo que ha pasado.
TRIN. Yo venía muy ligera,
y de repente, ¡qué horror!
veo un niño encantador
en la mitad de la acera,
con un pelo y una boca
y unos ojos hasta allí.
¡Qué ojos! ¡Ya sabes que á mí
los niños me vuelven loca!
Lloraba á más no poder.
Su madre, un bicho ordinario,
especie de dromedario
disfrazado de mujer,
sin razón y sin derecho
le golpeaba cruelmente
en la boca y en la frente
y en la espalda y en el pecho.
Á formarse corro empieza;
mas nadie protesta allí,
hasta que la sangre á mí
se me sube á la cabeza,
y sujeto á aquel chacal
y doy suelta á la criatura,
y olvidando mi cultura,
la digo: ¡pero animal!
Ella grita: soy su madre.
—¡Usted no pega á ese chico,
fuera de mí la replico,
aunque sea usted su padre!
Abandona á su retoño,
y dice viniendo á mí:
—¡Le pego y también á tí!
Y yo pienso:—¡Adios mi moño!
Aquella indómita fiera
hacerme daño procura;
me coge por la cintura,
me lanza sobre la acera;
me sujeta mi enemigo.
¡Aún no acierto á comprender
lo que pretendia hacer
aquella mujer conmigo!
De aplastarme lleva trazas.

En esto un pollo elegante
acude á mí y al instante
me libra de sus tenazas.
Me da la mano cumplido
y me levanta del suelo
y limpia con el pañuelo
el polvo de mi vestido.
Aparta valientemente
al público que me estruja
y llama canalla y bruja
á aquella arpía insolente.
Mas la turba el diapasón
alza, codazos reparte,
se pone injusta de parte
del que no tiene razón,
nos insulta escandalosa,
le rompen todo el gabán,
quieren pegarle y nos dan
una silba estrepitosa;
mas, ¿por qué, vamos á ver,
escándalo tan tremendo?
¡Porque yo á un niño defiendo,
y él defiende á una mujer!
Por fin escapé con mil
apuros, y aquí he llegado,
¡y todo esto me ha pasado
frente al Gobierno Civil!

AMALIA. ¡Jesús!
TRIN. ¡Qué tantarantán
recibí de aquella hiena!
MAN. ¡Qué barbaridad!
AMALIA. Que buena
es esta Trinidad, Juan.
MAN. ¡Y qué deliciosa charla
Trinidad!
AMALIA. ¡Qué sentimientos
Trinidad!
MAN. ¡Cuántos talentos
Trinidad!
AMALIA. No hay más que hablarla.
MAN. Y tiene Trinidad bríos.
AMALIA. ¡Y es tan dulce, sin embargo,

Trinidad!

JUAN. (¡Pues yo no cargo
con Trinidad, hijos míos!)

TRIN. Yo en viendo pegar á un niño,
no me contengo.

MAN. ¿Y á quién
no le exalta?

JUAN. Yo también
les tengo mucho cariño.
Á haber tenido hijos yo,
no descansara jamás.

MAN. Mas como no los tendrás
nunca.

TRIN. ¿Nunca? ¿Por qué no?

MAN. Porque es este un hombre frío,
un misántropo insensible.

AMALIA. Un enemigo terrible
del matrimonio.

TRIN. ¡Dios mío!
¿Es cierto?

JUAN. Tengo ese honor.

TRIN. ¿Usted no se casará?

JUAN. ¡Jamás!

TRIN. ¡Ay! usted caerá,
usted caerá, sí, señor.

JUAN. ¡Ay! ¡no, señora!

TRIN. Esas cosas
se dicen todos los días.
No caben filosofías
ante lábios como rosas,
ante dos ojos de fuego!

MAN. Si caerás, sí que caerás.

TRIN. Los que se resisten más
son los que la pagan luego.
Caerá usted mal, pobrecillo,
caerá con poca fortuna.
¡Á usted le preparan una
caida de latiguillo!

JUAN. ¡Quiá! Si yo no bajaré
al redondel, ¡bueno fuera!

TRIN. Pues saltarán la barrera
y le cogerán á usté.

¡Ah! (Dando un grito.)

AMALIA. ¡Qué te sucede ahora!

TRIN. ¡Jesús! Me olvidaba ya...

JUAN. (Pero; ¡qué sustos me dá
esta bendita señora!)

TRIN. Sí, por eso vengo aquí.
Esta cabeza está mal.
He encontrado á Julia.

AMALIA. ¿Cuál?

TRIN. Nuestra compañera.

AMALIA. ¡Ah, sí!

TRIN. En la calle la encontré.
Ella que estaba en los huesos,
ahora... La dí tantos besos
que casi la estropeé.
De posición no está mal.
La chiquilla ha prosperado.
Tan joven y se ha casado
con un señor general.

MAN. (¡General!)

JUAN. (¡Jesús, María!)

TRIN. Algo viejo el pobrecito,
más con todo, muy limpito
y muy tieso todavía.
De tí dos horas hablamos,
de tu suerte y de mi suerte.
Dijo que vendría á verte
y en tu casa nos citamos.
Con que no puede tardar.
Ya escucho la campanilla,
ya oigo su voz. Mi Julilla!
¡Qué abrazo la voy á dar!

ESCENA IX.

DICHOS, JULIA, el GENERAL.

TRIN. (Abrazándola con mucha vehemencia.)
Monísima, remonísima!
¡Dame un beso y veinte y treinta!

JUAN. (Vaya un modo de besar.
¡Qué mujer! ¡Es una fiera!)

TRIN. Aquí la tienes. (Á Amalia.)

JULIA. ¡Amalia!
AMALIA. ¡Julia!
JULIA. ¡Te encuentro muy buena!
Te presento á mi marido.
GEN. Tanto gusto en conocerla.
AMALIA. Pues aquí tienes el mío.
JULIA. (¡Ah!) (Sorprendida.)
MAN. Señora.
JULIA. (¡Quien creyera!)
MAN. General.
GEN. Tengo un placer...
MAN. La honra es mía.
GEN. La honra es nuestra.
MAN. Un íntimo amigo mío.
(Presentando á Juan.)
GEN. ¡Juan!
JUAN. ¡General!
GEN. ¡Qué sorpresa!
tunante!
JUAN. Julia del alma.
JULIA. Juan.
JUAN. ¡Usted siempre hechicera!
MAN. Este demonio es amigo
de todo el mundo.
GEN. Por fuerza.
Con carácter como el suyo...
JULIA. Mas ¿dónde te metes? Cerca
de un año vivo en Madrid
y no te he visto.
MAN. Se encierra
en casa, y de aquí no sale.
AMALIA. Es mi génio. Me molesta
componerme.
GEN. Hace muy bien.
Yo pienso lo mismo que ella.
Yo vida de militar.
Si la aurora me despierta
me dan las diez en la cama.
Yo ni teatros, ni fiestas.
Esta vá con las amigas.
La doy libertad completa,
y conoce á medio mundo

y yo á nadie.

JUAN. (¡Esto se enreda
y se complica! ¡No importa,
suceda lo que suceda
aquí estoy yo!)

JULIA. ¡Qué fortuna!
Otra vez juntas.

TRIN. ¿Qué cuentas
de tu vida?

JULIA. Poca cosa.

AMALIA. Cómo pasa el tiempo.

TRIN. ¡Vuela!

MAN. Dejemos á las señoras
con sus recuerdos y vengan
al despacho. Fumaremos
un cigarro.

GEN. Con licencia
de ustedes.

AMALIA. Hasta después.

MAN. Usted el primero.

GEN. Sea.

(Salen por la derecha.)

ESCENA X.

AMALIA, TRINIDAD y JULIA.

AMALIA. ¡Qué épocas las del colegio!

JULIA. Unas malas y otras buenas.

TRIN. Que mañanas en la clase.

AMALIA. ¡Y qué tardes en la huerta!

TRIN. Y qué sosa has sido tú. (Por Julia.)

JULIA. Y qué rabiosa era esta. (Por Trinidad.)

AMALIA. Esa nos pegaba á todas.
Y un día á doña Nemesia
la puso el pié y al estanque
fué la pobre de cabeza.

JULIA. Y qué deseos teníamos
de dejar tantas tareas.
y de escapar del colegio.

TRIN. Y de casarnos.

AMALIA. ¡Qué lengua
tienes hija!
TRIN. La verdad
¿Á qué negarlo, babiecas?
JULIA. Al fin nos casamos todas.
TRIN. Y yo enviudé.
AMALIA. Todo llega,
todo pasa, y todo cansa,
dice una vulgar sentencia.
JULIA. ¿Eres tú feliz?
AMALIA. Lo soy.
JULIA. Vivirás muy satisfecha.
AMALIA. Cuando ya de matrimonio
dos ó tres años se cuentan,
se concluyen los amores,
las pasiones... Sólo queda
una amistad muy tranquila
y recíproca y benévola.
¿Y tú?
TRIN. ¡Esta es muy dichosa!
¡Cómo la envidio!
JULIA. ¿De veras?
TRIN. ¡Generala, generala!
¡Esa fué siempre mi idea
fija, mi sueño dorado
y mi aspiración suprema!
AMALIA. ¡Qué Trinidad!
JULIA. No sabía...
TRIN. En mis días de soltera
soñé con un general.
Mi imaginación inquieta
me pintaba su retrato:
alto, de hermosa presencia,
con unos largos bigotes
y una mirada de fiera;
bordados en la casaca
y plumas en la cabeza,
y sobre el robusto pecho
lo menos cuatro docenas
de cintas, placas y cruces
nacionales y extranjeras.
Yo le espero en el balcón,

él á galope se acerca
seguido de larga escolta
que la calle desempiedra;
baja del rudo corcel,
sube á tramos la escalera
haciendo temblar el piso
con el sable y las espuelas;
me llama con voz de trueno,
y al encontrarme en la puerta
con un militar abrazo
sin respiración me deja.
¡Hay un motín popular!
¡el general se subleva!
¡viva el general! Se bate,
vence al gobierno, se truecan
en altar las barricadas;
colocan entre dos piedras
y dos luces su retrato
y la turba callejera
baila delante la jota
al compás de las vihuelas.
Una guerra se declara:
va el general á la guerra.
¡Viva el general! Derrota
al contrario, vuelve y entra
bajo cien arcos de flores;
á mi casa en triunfo llega
y á mis piés pone su espada,
sus laureles, las banderas
que ha cogido por su mano
y veinticinco cabezas
de enemigos. Son mi encanto
las batallas, las peleas.
Yo nací para las luchas,
para las grandes empresas.

JULIA. Y al fin, ¿no fué general?

TRIN. ¡General! ¡Oh, suerte adversa!
¡Oh, burlas de mi destino!
¡Oh desdicha de mi estrella!
¡Boticario!

JULIA. ¡Boticario!

AMALIA. ¡No es floja la diferencia!

TRIN. ¡He vivido entre jarabes!
JULIA. ¡Vida dulce!
AMALIA. ¿Y aún te quejas?

ESCENA XI.

DICHAS, JUAN, MANUEL y el GENERAL por la derecha.

MAN. Amalia.
AMALIA. ¿Qué?
MAN. El general
que se despide.
AMALIA. ¿Nos dejan
tan pronto?
GEN. Tengo una cita
que olvidaba. Ya me esperan;
pero no me llevo á Julia.
AMALIA. ¡No faltaba más! Se queda
conmigo toda la tarde.
MAN. ¡Pues claro!
JUAN. (¡Cómo se alegra
el bribón!)
AMALIA. Y con nosotros
comerá.
MAN. Y á la Comedia
la llevaremos después.
JUAN. ¡Pero esta gente se empeña
en quitarle su mujer!
GEN. Bien: ¡que se queden con ella!
¡Mejor!
JUAN. ¡Bravo, general!
GEN. Aquí la quieren de veras.
JUAN. ¡Ya lo creo!
GEN. Y yo en ustedes
tengo confianza completa.
AMALIA. Puede tenerla.
JUAN. (¡Oh, maridos!)
GEN. ¡Hombre, me ocurre una idea!
Yo tengo aquí en Aranjuez
una casita pequeña,
una quinta; allí pasamos

los meses de primavera.
Les invito el mes de Mayo
á todos.

TRIN. ¡Bravo!

MAN. Se acepta
con placer.

AMALIA. Pues sí que iremos.

JUAN. ¡Es una idea soberbia!

GEN. Allí como una familia,
con *sans façons*, con franqueza.
Cuanto allí yo tengo es suyo.
Tomen lo que les parezca
sin pedir.

JUAN. ¡Qué general
tan especial y tan...

GEN. ¡Ea!
Se me hace tarde. Me voy.
Quietos, quietos, no se muevan.
Sin despedirme me marcho.
Luego volveré por ésta.
(Sale por el fondo.)

ESCENA XII.

DICHOS, menos el GENERAL.

MAN. ¿Qué te pasa, Juan?

JUAN. ¡Que estoy
nervioso!

TRIN. Venga á mi lado.
Siéntese.

JUAN. Ya me he sentado.

TRIN. Hable usted conmigo.

JUAN Voy.

TRIN. Vamos, abra usté esa boca.
La gente sosa me irrita.

JUAN. (Bonita, sí que es bonita;
pero la pobre está loca.)
(Se sientan todos. Próximos á la mesa, Trinidad y Juan; al otro extremo, Manuel, Julia y Amalia. Empieza á anochecer.)

JULIA. ¿Conque tú no sales?

AMALIA. No.
¿Tú vas al teatro?
JULIA. Sí;
mas ya sin gusto.
MAN. ¡Perdí
esa afición también yo!
Hasta la música escucho
sin placer. Voy sin afán
como antes. Voy porque van.
AMALIA. ¡Manuel ha cambiado mucho!
Antes alegre y contento,
y ahora triste y reservado.
(Antes feliz á mi lado,
y ahora aburrido y violento.
¡Oh! sí. Me vende alevoso
por otra. ¡Si yo consigo
saber!)
TRIN. ¿Conque usté enemigo
del matrimonio?
JUAN. Furioso.
TRIN. Por milagro se salvó;
pero usted será casado.
Todavía no ha encontrado
su media naranja.
JUAN. Aún no.
He dado mil tropezones,
pero me salvé hasta ahora.
No son naranjas, señora,
son muy agrias, son limones.
TRIN. Y allá en noches de vigilia,
sólo, en su cuarto encerrado,
enfermo, triste, angustiado,
¿no soñó con la familia?
No vió un cuadro encantador.
Usted sentado leyendo,
ella á su lado cosiendo,
una luz, un velador.
JUAN. Sí, señora; más no ví
sólo un cuadro, he visto tres.
Y todos de un interés
supremo.
TRIN. ¿Tres cuadros?

JUAN. Sí.
Cuadro primero: se vé
una escena encantadora;
el marido, la señora,
el velador y el quinqué.
La señora está bordando,
y el señor está leyendo,
y la lámpara cumpliendo
con su deber: alumbrando.
Cuadro segundo: un pintor
no lo hubiera concebido.
La señora, y el marido,
y el quinqué, y el velador.
El señor sério y cansado
y la señora más que él.
El señor tira el papel
y la señora el bordado.
Un sueño tenaz la amaga,
él se vá á su habitación.
El quinqué vé su misión
ya terminada, y se apaga.
Cuadro tercero: ¡el señor
y la dama con fiereza,
se tiran á la cabeza
el quinqué y el velador!
(Amalia se levanta y se vá á la puerta del fondo.)
TRIN. La pintura es algo fuerte.
AMALIA. Juana ¡luces!
TRIN. ¡Aun me río!
MAN. (Bajo y con pasión.)
¡Te adoro, Julia!
JULIA. ¡Dios mío!
¡Manuel!
MAN. (Bajo.) Necesito verte.
¡La suerte te trae á mí!
¡No puedes retroceder!
AMALIA. (Volviendo al proscenio.)
(¡Dónde estará esa mujer!)
JUAN. (¡La que se vá armar aquí!)
(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete de confianza amueblado con elegancia. Puerta en el fondo, otra á la izquierda, ventana á la derecha, segundo término, y en primer término un paravent.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA y JUAN.

Entrando por el fondo del brazo.

JUAN. Es bonita posesión.
No lo pasaremos mal.
AMALIA. Ya lo creo. El General
tiene una gran posición.
JUAN. ¿Y Julia?
AMALIA. Viene detrás
del brazo de mi marido.
JUAN. No entran.
AMALIA. Se habrán detenido
mirando el jardín.
JUAN. Quizás.
No sé qué tiene usted hoy.
AMALIA. Pues soy la misma que era.
JUAN. Está usted más placentera
que en Madrid.
AMALIA. Sí que lo estoy.

JUAN. Allí triste, displicente,
con rostro tan pensativo.
AMALIA. Usted conoce el motivo.
JUAN. Yo no.
AMALIA. ¡Qué hombre tan prudente!
Usted sabe que si un día
me quiso bien mi marido,
por desgracia me ha perdido
el amor que me tenía.
Usted bien sabe que allí
me prepara una traición
y que oculta una pasión.
JUAN. Yo no lo sé.
AMALIA. Pues yo sí.
Desesperada vivía
juzgándole ya perdido,
y por eso aquí he venido
con tan inmensa alegría,
con tan profundo placer,
que aunque en ella pensará
aquí á lo menos está
muy lejos.
(Entran por el fondo Manuel y Julia.)
JUAN. (¡Pobre mujer!)

ESCENA II.

DICHOS, JULIA y MANUEL.

MAN. Pero, chico, qué manera
de correr. ¡Vaya un furor!
No habeis visto lo mejor.
Una hermosa pajarera.
Allí todos nos quedamos.
Es una cosa ideal.
Os espera el General
en la pajarera.
AMALIA. Vamos.
JUAN. ¿Nos espera?
JULIA. Es su pasión.
AMALIA. Ahora la vamos á ver.

MAN. ¡Acompaña á mi mujer,
hombre!
JUAN. (¡Pero este bribón!)
(Salen por el fondo Amalia y Juan.)

ESCENA III.

JULIA y MANUEL.

MAN. No se acaban de marchar.
¡Ya cruzan por el jardín!
Estamos solos al fin.
Por fin podemos hablar.
Tan delicioso momento
con ansiedad esperaba.
JULIA. Yo también lo deseaba.
MAN. ¿Usted también? ¡Qué contento!
Aunque hasta hoy ha sido cruel...
JULIA. Escuche antes de seguir:
lo que le voy á decir
no ha de agradarle, Manuel.
Yo falta no he cometido
y le doy gracias á Dios.
Lo que ha habido entre los dos
ha pasado y ha concluído.
De un sueño largo y profundo
despertar se me figura.
Yo era una pobre criatura
sola y sin guía en el mundo.
Me dió el General su mano
y su posición un día,
y acepté la compañía
y el cariño de un anciano.
¡Digno y generoso hombre!
Ya que no puedo adorarle,
sabré al menos respetarle
y sabré llevar su nombre.
Aún ignoro cómo fué:
un día vino usté á mí
y yo libre le creí
y sus quejas escuché.
Me habló en voz baja, al oído,

de pasión y de tormento
y de amor, con un acento
para mí desconocido,
y en el corazón sentí
algo nuevo, un no sé qué;
mas con ansia le esperé
y con encanto le oí.
En el borde me veía
de un abismo sin caer
por un milagro, y sin ver
el peligro que corría.
Si le amé, si no le amé,
aún no lo puedo explicar.
Mas un día por azar
voy á la casa de usté.
Me sorprendo al verle allí.
Me encuentro alegre y dichosa
en los brazos de su esposa,
una hermana para mí.
Desde tan dulce momento
se fué la fascinación,
se llenó mi corazón
de otro nuevo sentimiento.
Me ha besado y la he besado.
Entre los brazos lloré
de mi Amalia. Desperté
de mi sueño y me he salvado.

MAN. De lo que estoy escuchando
aún no me doy cuenta yo.
Dice usted que despertó,
yo digo que estoy soñando.
¡Olvidarme! ¡No quererte!
Haberse concluído todo.
Hablarme tú de ese modo.
¡Hablarme usted de esa suerte!
¡Ni usted tiene corazón,
ni tú has tenido conciencia!
Bien... Acepto mi sentencia;
más con una condición
y que sea lo que fuere.
No la vuelvo á perseguir,
si usted me llega á decir

sólo una vez que me quiere,
¡no más que una vez, señora!
¡Yo se lo ruego, por Dios!
¡Pero hemos de estar los dos
solos, más solos que ahora!

JULIA. Usté empieza á desvariar.

MAN. Estoy loco. Usted me incita.

JULIA. Usted me pide una cita,
yo no le puedo escuchar.

MAN. ¡Pero, Julia!

JULIA. ¡Qué tormento!

MAN. ¿No quieres oirme?

JULIA. No.

MAN. ¡La que mil veces me oyó,
ha de escucharme otras ciento!
¡Tú olvidarme! ¡Qué ilusión!
Yo te adoro y ha de ser.
Nos volveremos á ver.
¡Yo buscaré la ocasión!

ESCENA IV.

DICHOS y JUAN.

JUAN. ¡Oh! ¡qué pájaros!

MAN. (¡Me abrasa!)

JUAN. ¡Qué pájaros!

JULIA. ¡Loco viene!

JUAN. Pero, ¡qué pájaros tiene
el General en su casa!
Y el buen General los cuida
con cariño paternal.
¡Qué bueno es el General!
¿verdad, Julia?

JULIA. Sin medida.

JUAN. Es un hombre encantador.
Muy digno de ser querido.
Un excelente marido.
¿No es verdad, Julia?

JULIA. El mejor.

JUAN. Hablando de él desvarío.
¡Qué amigo tan complaciente,

tan leal!

MAN. (¡Qué impertinente
es este hombre, Dios mío!)

ESCENA V.

DICHOS, ol GENERAL, TRINIDAD y AMALIA.

AMALIA. Es una casa preciosa.
TRIN. Una cosa confortable.
GEN. Modesta.
AMALIA. ¡Buena modestia!
JULIA. ¡Regular!
TRIN. ¡Qué lindo parque,
qué jardines á la inglesa,
y qué deliciosas calles,
y qué ría tan divina,
y qué fuentes y qué estanques!
¡Es monísima, monísima!
AMALIA. Pero es demasiado amable
el General con nosotros.
Y va á hacer que yo me enfade.
Nos cedió toda la casa,
enterita, reservándose
tan sólo este pabellón
que no puede ser bastante
para los dos.
GEN. Basta y sobra.
Es un nido entre dos árboles
y para dos que se quieren
la casa más chica es grande.
Aquí vivo yo dichoso,
aquí se respira un aire
embalsamado que presta
nueva sávia á nuestra sangre.
Siempre me ha gustado el campo.
¡Ya desde mis mocedades
soñaba con un rincón,
oculto entre bellos cármenes,
en donde acabar mis días
feliz y en paz, acordándome

como de un sueño que tuve,
del fragor de los combates!
Y aquí concluiré mi vida.

JUAN. ¡Qué! ¿Piensa ya retirarse?

GEN. Todavía no, que aún tengo
muchos alientos. ¡Qué diantre!
Aún puedo domar un potro
y puedo partir un sable
de un tajo. Yo soy de una
generación de titanes,
y no de este mundo nuevo
de flacos y miserables
y entecos sietemesinos
que no pueden con los fraques
y que se pasan la vida
en Panticosa, tragándose
litros y litros de aguas
sucias de los manantiales.
Me he casado á los sesenta,
y me casé con un ángel
de veinte abriles, y aunque es
la distancia muy notable...

TRIN. (Bajo á Juan.)
¡Yo creo que el General
va á decir un disparate!

JUAN. Creo que sí.

GEN. Como no tengo
ni enfermedades ni achaques,
aún estoy yo...

JULIA. ¡General!

JUAN. General, punto y aparte.

GEN. Bueno.

AMALIA. Le han llamado al orden.

GEN. Bien: yo no sigo adelante.
¡Lo cierto es que ya no hay hombres!

JUAN. Muchas gracias.

MAN. (¡Qué galante
es el General!)

GEN. Todo es
farsa en el día. Ya nadie
se ofende, ni se incomoda,
ni se pega, ni se bate.

Y los que van á batirse
se arreglan como compadres,
se hacen un chichón, y luego
á comer juntos en Lhardy.
En mi tiempo al militar
que una docena de lances
no había tenido, ninguno
le daba las buenas tardes.

MAN. ¿Usted se batió?

GEN. Mil veces.

JUAN. (Ese principia á escamarse.)

GEN. Y siempre en serio: mis duelos
acabaron en desastre
quedando uno de los dos
cadáver.

JUAN. ¡Hola!

GEN. Y sin darle
importancia. Eso no tiene
importancia entre oficiales.

TRIN. (Bajo á Juan.)
Yo creo que el General
exagera algo.

JUAN. Es de Cádiz.

MAN. Me aseguran que es usted
un tirador envidiable.

GEN. Á la espada regular.
Armas blancas no me atraen.
Pero á la pistola tiro,
hago blancos admirables.
Esto dicho sin modestia.
Ya conocen mi carácter.
Una mañana estuvimos
cuatro ó cinco militares
haciendo blancos, y á todos
los dejé atrás, y González
tiraba, tiraba mucho.
Me colocaron burlándose
una luz á ochenta pasos,
y yo sin impresionarme
tiro, y la apago.

JUAN. ¡Demonio!

GEN. Vuelvo á cargar al instante

y tiro.

JUAN. Y la enciende usted.

GEN. Hombre, no, vuelve á apagarse
con el disparo.

JUAN. Pero ellos
sin duda la habian antes
encendido

GEN. Pues es claro

JUAN. Pues es tiro.

MAN. Pues ya es fácil.

GEN. Hoy mismo lo puedo hacer;
y si me ponen delante
algún zascandil, mejor,
tiraré con más coraje.
Yo quiero á mi pobre Julia
con un afecto entrañable,
y ella me quiere y respeta
y no temo que me falte;
pero me asedian á veces
ganas de que algún pillastre
la escriba cuatro simplezas
ó la diga cuatro frases
amorosas, porque juro
que he de hacer tal rifirrafe
en él que no han de quedar
ni restos del badulaque.

JUAN. (¡Malo! ¡Malo!)

TRIN. (Desde la ventana.) ¡Ay! ¡lo que veo!

MAN. ¿Qué ve usted?

TRIN. ¡Un elefante!

AMALIA. ¡Un elefante!

TRIN. ¡Qué hermoso
animal! ¡Vírgen del Cármen!

JUAN. (Corriendo á la ventana.)
Á ver... á ver... si es un perro.

TRIN. Un perro... pero jigante.

JUAN. ¡Pues apenas hay distancia!

JULIA. Es sultán.

TRIN. Un admirable
perro de presa.

GEN. El que guarda
mi jardín.

MAN. Le ví esta tarde
en su cuchitril metido
y procuré conquistarle
con azúcar.
TRIN. Voy á verle
de cerca.
GEN. Que es un salvaje,
señora, ¡por Dios!
TRIN. No hay miedo.
Yo sabré domesticarle.
¡Qué hermoso, pero qué hermoso!
(Con mucha exageración.)
Se lo robo aun que se enfade.

ESCENA VI.

DICHOS, menos TRINIDAD.

JUAN. Pero ¡qué mujer! ¡Qué modo
de hablar y de dispararse!
¡Qué imaginación enferma,
volcánica y delirante!
¡Qué carácter impetuoso!
Es un manojo admirable
de nervios y un ramillete
de fuegos artificiales.
AMALIA. No la critique usted tanto,
Juan, porque todo se sabe.
Á usted le gusta.
JUAN. Me gusta,
no lo niego, es agradable.
Pero me marea.
AMALIA. ¡Bah!
Acabará por casarse
con ella.
JUAN. ¡Con ella yo!
¡Con ella! ¡Primero ahorcarme!
¡Primero un tiro!
JULIA. ¡Jesús!
JUAN. Para amiga... un rato... pase.
Mas toda la vida al lado
de molino semejante...

No es posible. Tanta dicha
para otro, si hay quien la alcance.

ESCENA VII.

DICHOS y MARTÍN por el fondo.

AMALIA. Pues Trinidad es muy buena.
(Martín entra con un candelabro.)
GEN. Has hecho muy bien, muchacho,
en traer luces. Ya anochece
y estábamos hace rato
casi sin vernos las caras,
y aunque es la mía un guiñapo,
las hay aquí que parecen
hechas de rosas y nardos.
MAN. ¡Qué galante el General!
GEN. Es costumbre de soldado,
y aunque soy soldado viejo
no me enmiendo con los años.
MARTIN. Señor... esta carta.
GEN. Venga.
Con permiso...
(Abre y lee.) ¡Voto al chápiro!
JULIA. ¿Qué es eso?
GEN. ¡Por vida de!...
JULIA. ¿Qué sucede?
GEN. ¡Pobre Pablo!
Mi amigo... mi compañero
que se muere... ¡Un veterano
más valiente! Quiere verme
antes de morir... Volando
voy... Martín, en seguida,
que me ensillen el caballo.
(Sale Martín por el fondo.)
JULIA. ¡Pero de noche!
GEN. ¡Qué importa!
JULIA. ¡Pero tan lejos!
GEN. Son cuatro
ó cinco leguas no más.
En hora y media las ando
al galope. ¡Tengo el cuero

más duro! Voy descansado
porque quedas con amigos
de mi confianza. Temprano
volveré por la mañana.

MAN. (¡Se marcha!)

GEN. Vamos quedando
ya pocos. ¡Pobre Pablillo!
Era para mí un hermano.
¡Cuántas veces nos batimos
juntos! Algunos balazos
le he curado. Algunas bromas
corrimos juntos entrambos.
Solos los dos en Estella
una trinchera tomamos,
aunque estaba defendida
por diez, y los diez muy bravos,
¡diez fieras!

MAN. (Bajo á Juan.) El General
exagera á veces algo.

GEN. ¡Dos contra diez!

JUAN. (Bajo á Manuel.) No exagera;
mas fueron según mis cálculos
dos los que la defendían
y diez los que la tomaron.

GEN. Vaya, adios, Julia, me voy,
que de impaciencia me abraso.
Hasta mañana, señores.

JUAN. Mi General....

JULIA. Te acompaño
hasta la puerta.

AMALIA. Contigo (Á Julia.)
voy también.

JULIA. Me alegro.

GEN. ¡Vamos!
¡Que así muera un general,
sin gloria, de un resfriado,
como se puede morir
en casa cualquier paisano!
(Salen por el fondo.)

ESCENA VIII.

MANUEL y JUAN.

JUAN. (¡Qué contento está Manuel!
Se pasea alborozado
sin acordarse de mí;
hace gestos, y qué claro
en su pensamiento leo.
Le conozco y no me engaño.)
MAN. (Por fin se fué el General
y libres nos ha dejado
de su enojosa presencia.
¡Qué ventura!)
JUAN. (Está pensando
en que se va el General
y le deja libre el campo.)
MAN. (Por fin hallé la ocasión
que he buscado tantos años.)
JUAN. (Dice que halló la ocasión
que estaba buscando en vano!)
MAN. (Ella me negó una cita;
pues sin que quiera la alcanzo.)
JUAN. (Y que al fin alcanzará
la cita que le ha negado.
Nada, lo escucho lo mismo
que si lo dijese alto.)
MAN. (¡Ah, qué idea!)
JUAN. (Se le ocurre
una idea.)
MAN. (Hay que intentarlo.)
(Se asoma á la ventana.)
JUAN. (Va á la ventana, se asoma,
vuelve... se queda pensando...
¡Ah! Yo lo sé: no lo sé.
Ahora me he desorientado.
Alguna idea diabólica.
¡Á este van á darle un palo
que lo dividen!) Manuel...
MAN. ¿Qué quieres?

JUAN. Hablar despacio
contigo.
MAN. Dí lo que sea.
JUAN. ¿Puedes dedicarme un rato?
MAN. Habla.
JUAN. Siéntate.
MAN Me siento.
JUAN. Manuel: ¿en qué estás pensando?
Desecha esos pensamientos
infames y temerarios.
Es un cariñoso amigo,
un franco y leal soldado
que te da hospitalidad,
y tú, miserable, en pago
¿qué intentas?
MAN. (Es atrevido
el proyecto. Sin embargo,
con audacia, y yo la tengo.
Es un pabellón aislado.)
JUAN. Vamos, un buen sentimiento,
Manuel, un impulso, un rasgo
generoso.
MAN. (Se sorprende
ella. La vence un desmayo,
en mis brazos se desploma...)
JUAN. Manuel, que te estoy hablando.
MAN. ¿Qué quieres, hombre, qué quieres?
JUAN. Manuel: ¿por qué no nos vamos
mañana?
MAN. ¿Dónde?
JUAN. Á Madrid.
MAN. ¿Por qué?
JUAN. Pues por eso.
MAN. ¿Cuándo?
JUAN. Mañana.
MAN. ¿Dónde?
JUAN. Á Madrid,
¡hombre! ¡Jesús! ¡qué chiflado!
MAN. ¿Para qué?
JUAN. Para no verla,
para olvidarla, ¡canario!
MAN. ¡Olvidarla! Está muy cerca

Madrid, Madrid está un paso.

JUAN. ¿Quieres ir más lejos?

MAN. ¿Dónde?

JUAN. Pues á Ultramar, con un cargo
importante... Ya le he escrito
ayer al subsecretario
mi tío, y está conforme.
Te marchas y estás curado
en un mes.

MAN. ¡Salir de España!
¡No verla! ¡Si el mentecato
eres tú, y el loco tú!
No he visto hombre más pesado.
Pero, ¡quién te mete á tí
en esto!

JUAN. Serás ingrato.
Después que quiero salvarte.

MAN. Ya verás como me salvo
yo solo.

JUAN. Ese General
es un hombre atrabiliario.
¡Nos matará!

MAN. ¡Que nos mate!

JUAN. ¡Que te mate á tí!

MAN. Balazo
más ó menos, ¿qué me importa?
Pero tú estás delirando.
¡Quién te ha dicho que yo pienso
traiciones, ni que yo fraguo
planes... ni que pienso en cosas
siniestras, ni que yo trato
de ofender al General!
¡Qué Mentor tan antipático,
qué predicador tan posma
y qué amigo tan pesado!
(Sale por el fondo.)

ESCENA IX.

JUAN.

—Reniega de mi amistad
y date á todos los diablos,
que yo no cejo en mi empresa;
soy perro de buen olfato,
y te leeré el pensamiento
y te atajaré los pasos,
cumpliendo un deber de amigo,
de caballero y cristiano.
El General se marchó.
No importa. Yo me he quedado.
Aquí ocuparé su puesto
esta noche, es decir, vamos,
bueno, ya sé lo que quiero
decir yo.—Pero ese trasto,
¿qué intentará? ¡Se asomó
á la ventana, hacia abajo
miró, y al volver traía
los ojos encandilados!
Á ver... este pabellón
tiene la altura de un cuarto
(Se asoma á la ventana.)
entresuelo.—Hay una planta
caprichosa que trepando
hasta la ventana llega.
¡Ah! que tunante. ¡Ya caigo!
Aquí duerme sola Julia.
¡Como es noche de verano,
no cerrará las maderas,
él viene, trepa y de un salto!
¡El canalla! ¡No será!
Duerme en el cuarto de al lado
del mío. Yo velaré
á la puerta, sale, salgo,
cruza el pasillo, detrás,
baja la escalera, bajo
al jardín, llega hasta aquí,
quiere trepar, yo le agarro

por los piés, tiro con fuerza,
él vacila, abre las manos,
y en nombre de la amistad
y el deber le descalabro.
Cerraremos la ventana.
Por aquí ya no entra ¡bravo!
Es la primer precaución.
Si yo encontrase un candado.
¡Pobre Julia! ¡Pobre Amalia!
Dormid: yo estaré velando.

ESCENA X.

JUAN y TRINIDAD por el fondo.

TRIN. ¿Pero qué hace usted aquí?
JUAN. Nada: ¿y ustedes?
TRIN. Hablando
en el jardín, paseando.
Le ví asomado y subí
para hacerle compañía.
Así no se aburrirá.
JUAN. Mucha gracias. (¡Malo va!
Esta viene en contra mía.)
TRIN. Aquí vamos á charlar,
si á importunarle no vengo.
Hoy estoy contenta. Tengo
hasta ganas de cantar.
JUAN. Es que hay algun matrimonio
á la vista.
TRIN. No por cierto. No tal.
JUAN. ¡Adios! ¡Ya me ha abierto
la ventana este demonio!
(Trinidad abre la ventana.)
TRIN. «Es una serenata. (Cantando.)
¿Quién podrá ser?
Es una serenata.
¡Si será él!»
JUAN. Bonita canción.
TRIN. ¡Preciosa!
JUAN. Pues no es antigua la indina.
TRIN. (Á la ventana.)

¡Ay! ¡qué noche tan divina,
tan serena, tan hermosa!
¡Qué dulce temperatura!
¡Qué aire tan puro y tan sano!
Una noche de verano
en el campo. ¡Qué hermosura!
¡Qué lugares tan tranquilos!
¡Qué estrellas tan luminosas!
¡Qué sombras tan misteriosas
las de esas calles de tilos!
Y mientras duermen las flores
que los céspedes esmaltan,
¡cómo los arroyos saltan
y cantan los ruiseñores!
Si hay un ruído... leve ruído.
Murmullos intraducibles,
cual si séres invisibles
nos hablaran al oído.
¡Silencio... misterio... calma!
Ni ruídos, ni rayos rojos.
¡Todo paz para los ojos,
todo sentir para el alma!
¿He dicho mal?

JUAN. Descripción acabada.

TRIN. ¿Usted asiente?

JUAN. (¡Esta mujer siente... siente!
¡pero trae mala intención!)

TRIN. (Cantando y paseándose.)
«Es una serenata.
¿Quién podrá ser?
Es una serenata.
¡Si será él.»

JUAN. ¿Dónde aprendió la coplilla?
Es un canto seductor.

TRIN. Es un recuerdo de amor
de Sevilla ¡Ay! ¡mi Sevilla!
¡Ay! ¡quién pudiera encontrarse
allí! ¡Ay! ¡qué encantadora!
¡Ay! ¡qué bella!

JUAN. (Esta señora
¡ay! no hace más que quejarse.)

TRIN. ¡Ay! ¡qué patios los de allí!
¡Qué encanto para el estío!
¡Cuánto tiesto, amigo mío,
y cuántos naranjos!
JUAN. Sí.
TRIN. ¡Qué cielo el de Andalucía
que á ninguno se asemeja!
¡Y qué citas en la reja
por la noche! ¡qué poesía!
Una reja con cortina
de enredaderas y flores,
dentro, en sus días mejores,
alguna mujer divina
á quien el fuego achicharra
del amor; y al otro lado,
un andaluz abrazado
al cuello de una guitarra.
Él no cesa de tocar
y canta con voz de miel;
pero ella le llama, y él
empieza á desafinar.
Aún sigue. Su voz se vela,
ya sus esfuerzos son vanos.
Ella saca las dos manos.
Él, soltando la vihuela,
las besa con frenesí
y ya abrazarla procura;
pero la reja murmura:
señores, que estoy yo aquí.
¿Qué dice usted: no hay poesía
en tan bellos incidentes?
JUAN. Digo que son muy prudentes
las rejas de Andalucía.
TRIN. Desde Málaga á Navarra,
desde el Pirene al Estrecho,
para que palpite un pecho
las cuerdas de una guitarra.
Y para sol este sol
que nos puede requemar,
y para saber amar
el alma de un español.
Á mí me quiso un francés

y me llamó *mon amour*,
y yo le dije *monsiur*
y nos cansamos al mes.
Se puso furioso un día
conmigo, de rabia ciego,
porque le llamé borrego
y creyó que le ofendía.
¿Y el inglés? ¡Dichosa hora
en que le hube despedido!
¡Si á usted le hubiese querido
un ingles!

JUAN. ¡Á mí, señora!

TRIN. Un tío rubio, con patillas
y sin sentido común.
¡Vamos, aquél era un
amor de mentirijillas!
¡Qué ser más desaborido,
hablando en fino, el inglés!
¡Y un alemán siempre es
un filósofo aburrido!
Un alemán conocí,
¡Jesús, María y José!
¡Qué hombre! ¡Y no me hable usté
de americanos á mí!
¡Pancho! ¡Panchito! ¡Qué nombres!
¡Qué sosos y qué melosos
y qué retefastidiosos
los demonios de los hombres!
Un Mambí me enamoró
y no cesó de asediarme,
y á Chile quiso llevarme.
¡Mire usted que en Chile yo!
¡Yo en Chile! ¿Qué dice usted?
¡Ay! Pero con tanto hablar...
¿Cómo he venido á parar
hasta Chile?

JUAN. ¡Y yo qué sé!
¡En un globo!

TRIN. ¿Pero yo
de qué hablaba?

JUAN. Pues de soles,
de chinos y de españoles.

TRIN. El hilo se me perdió.
¡Tiene esto gracia! ¡Já! ¡já!
Siempre me sucede así.
JUAN. (¡Ay qué mareo! ¡Ay de mí!
¡Yo también me quejo ya!)

ESCENA XI.

DICHOS, AMALIA y JULIA por el fondo.

AMALIA. ¡Hablando solos los dos!
JULIA. ¡Muy bien!
TRIN. Le estoy mareando
al infeliz.
JUAN. (Tú lo has dicho.
Me ha vuelto loco.)
AMALIA. Me marcho
á dormir y á despedirme
subo. Ya se ha retirado
Manuel. Quiero madrugar.
¡Siento un sueño y un cansancio!
JUAN. Yo me retiro también.
TRIN. Y yo.
JULIA. Tú no. Espera un rato.
Me haces compañía.
TRIN. Bueno;
pero no ha de ser muy largo.
JUAN. (Aprovecho la ocasión
ahora que no están mirando.)
(Cierra la ventana.)
AMALIA. Adios, Julia, Trinidad.
TRIN. (Besándola con mucha vehemencia.)
Adios... adios... adios...
JUAN. (¡Cuántos
besos, y con qué furor!)
AMALIA. Juan.
JUAN. La daré á usted el brazo
hasta su cuarto.
AMALIA. Mil gracias.
JUAN. Somos vecinos.
AMALIA. Pues vamos.
JUAN. Señoras, muy buenas noches.

TRIN. Adios, Juan.
JUAN. (No hago caso
de miradas. Ya se acerca
el instante. Aquel malvado
fingirá que duerme. ¡Estoy
más nervioso!)
AMALIA. ¡Está usté hablando
solo!
JUAN. Señora, ¡por Dios!
(¡Qué pasará, cielo santo!)
(Salen por el fondo.)

ESCENA XII.

JULIA y TRINIDAD.

JULIA. ¡Ay, Dios mío!
TRIN. ¡Qué suspiro
tan hondo, tan espontáneo,
y con qué fuerza subió
del corazón á los lábios!
¿Por qué me miras así?
¿Qué te pasa? ¿Tienes algo?
Me has dicho que me quedara
contigo de tan extraño
modo, con tanta viveza.
¿Querías pasar charlando
algunas horas, ó hacerme
en secreto algún encargo
ó decirme alguna cosa?
Vamos, habla ya.
JULIA. Si hablo
te reirás.
TRIN. Juro quedarme
más seria que un magistrado.
¿Qué te pasa?
JULIA. Pues me pasa...
Me avergüenza el confesarlo.
Me pasa que tengo miedo.
El General se ha marchado
y aquí me quedo yo sola
en pabellón tan lejano

de todo el mundo!

TRIN. ¡Qué niña!
¡Bien se ven los pocos años!

JULIA. Quédate conmigo.

TRIN. Bueno.

JULIA. El lecho es cómodo y ancho,
de matrimonio: cabemos
las dos bien sin tropezarnos.

TRIN. Eso no es posible ya:
qué pides? ¡ser desgraciado!
No quiero darte la noche.
Yo tengo un dorm ir muy malo,
horrible. Soy toda nervios
y duermo pegando saltos,
dando vueltas, repartiendo
puntapiés y puñetazos,
hablo fuerte, lloro, rio,
á las almohadas me abrazo,
y cataplún, boca arriba,
y cataplún, boca abajo,
y el que conmigo se acuesta,
siempre amanece llorando
su desdicha, todo verde,
negro, azúl, rojo y morado.

JULIA. Pues tú te echas en mi cama,
y yo en un sillón me paso
la noche.

TRIN. Eso no es posible.

JULIA. Bien, pues no nos acostamos
y hablamos.

TRIN. ¡Qué tontería!
El cuerpo pide descanso.
Hay otro medio mejor.

JULIA. ¿Cuál?

TRIN. Que cambiemos de cuarto.
Yo en el pabellón me quedo,
y tú te marchas pian piano
á mi habitación, te acuestas
sin que te vean, al lado
tienes á Amalia, así duermes
tranquila y sin sobresaltos.
Por la madrugada vuelves,

yo voy, y aquí no ha pasado
nada.

JULIA. ¿Lo dices de veras?
¡Y tú sóla aquí!

TRIN. Pues claro.

JULIA. ¿No tienes miedo?

TRIN. ¡Qué miedo!

JULIA. ¡Cuánto te agradezco, cuánto!

TRIN. ¡Chiquilla!

JULIA. Tú siempre fuiste
más arriscada.

TRIN. Sí, un pasmo
de valor.

JULIA. Pues ya te dejo.
No temas; yo me levanto
muy pronto.

TRIN. Que no te duermas.
Pues si vuelve el veterano
y entra y me encuentra. ¡Ya ves
qué conflicto!

JULIA. Vaya un paso.
Adios.

TRIN. (La besa.) ¡Adios, mona mía!
¡Adios rica! ¡adios encanto!

JULIA. Que cierres la puerta bien.

TRIN. No tengas miedo. La atranco
con un mueble. Hasta mañana.

JULIA. ¡Adios pichona! (Sale por el fondo.)
(Trinidad cierra la puerta con llave.)
(Desde fuera.) ¿Has cerrado
bien la puerta?

TRIN. Dí una vuelta.

JULIA. Son dos.

TRIN. Pues dos.
(Dá dos vueltas, quita la llave de la cerradura y se
la guarda.)

JULIA. Ya me marcho.
¡Adios!

ESCENA XIII.

TRINIDAD.

—Se marcha corriendo.
¡Qué muñeco más simpático!
Tener yo miedo, ¿de quién?
De las mujeres... no hay caso.
Y de los hombres. Jamás
me le dieron esos zánganos.
Ellos son los que me tienen
miedo; pues pasan de largo
sin que ninguno me diga
¡quieres! porque yo no tardo
un segundo en contestar
con un sí redondo, claro,
sostenido y sobreaguado!
¡Ay! ¡qué calor! ¡cielo santo!
(Abre la ventana.)
Este Juan me convenía.
Un hombre formal, con cuartos;
mas no le gusto ó le gusto
un poco, ó le voy gustando
cada vez más, ó le gusto
mucho; pero está escamado.
En fin, dejemos á Juan.
Apagaré el candelabro. (Lo hace.)
Tomaré la palmatoria,
¡y á dormir! (Toma la palmatoria.)
¡Ay!! ¡pobre Paco!
¡Qué tiempos cuando venía
seguido por otros cuatro
á mi reja á darme música
en las noches de verano,
y yo al escuchar su voz,
me levantaba cantando:
«Es una serenata.
¿Quién podrá ser?
Es una serenata.
¡Si será él!»
(Sale por la izquierda.)

ESCENA XIV.

JUAN entra por la ventana y avanza á tientas y con precaución.

—¡Ese trasto!... ¡Ese malvado!
Él salió... yo le seguí.
En el jardín le perdí.
De fijo se ha adelantado.
¡Manuel!... Si le pillo, ¡ay de él!
(Llamándole bajito.)
Es esta su última hora.
¡Lo que estás haciendo ahora
es una infamia, Manuel!
(Como si hablara con Manuel.)
¡Es tan niña!... Ten piedad,
hombre, ¡aunque mucho te cueste,
Manuel! (Tropieza con el paravent.)
¡Caracoles! ¡Éste
no es Manuel! ¡Qué atrocidad!
Atontado me quedé!
Todo por ese bribón.
No, lo que es este chichón
no te lo perdonaré.
Asaltar de noche... así...
el cuarto de una mujer.
¡Es preciso no tener
dos dedos de frente!... Sí,
sí, te lo digo yo.
Mas no escucho ningún ruído.
¡Diablo! Si no habrá subido,
si no se me adelantó!
Mejor... Cierro la madera
y no puede entrar aquí.
Ahora siento ruído... allí.
Trepa por la enredadera.
Hay que andar listo. Cerré.
(Corre á la ventana y cierra.)
¡Soberbio!... Empuja, hijo mío.
Ahora sí que yo me río!
Querías dármela... ¿eh?

Tengo el olfato de un galgo
de caza, de un perdiguero.
Ahora me siento y espero
y dentro de un rato salgo. (Se sienta.)
Colarse aquí de rondón.
El plan era bien sencillo.
Y Manuel no es ningún pillo.
¡Cómo ciega una pasión!
Y gracias á que yo fuí
un amigo diligente.
¡Pobre Julia! ¡Qué inocente
estará durmiendo ahí!
Apacible, sosegada,
con respiración ligera,
la abundante cabellera
flotando sobre la almohada,
una sonrisa de niño
en sus frescos labios mudos,
fuera los brazos desnudos
tan blancos como el armiño
y el contorno encantador
de un cuello, de un hombro, y...
(Se levanta.)
vaya, vámonos de aquí
porque será lo mejor.
Manuel se fué por fortuna
y mi misión ha concluido.
(Abre la ventana: entra la luz de la luna.)
¡Caramba! ¡Pues no ha salido
la luna! ¡Qué hermosa luna!
Como haya alguno asomado
á un balcón me puede ver
bajar... ¿Qué le voy á hacer?
Todos se habrán acostado
y hasta que venga la aurora
cual lirones dormirán.
Vamos.
(Vá á saltar, ladridos furiosos al pié de la ventana.)
¡Es Sultán! ¡Sultán!
Pues cualquiera baja ahora.
¡Eh! ¡Calla! ¡animal, tunante!
¡Calla, hermoso, cállate!

¡Qué furioso! ¡Ahora sí que
me parece un elefante!
Va á despertar á esa gente.
No viéndome callará.
Cerraremos.
(Cierra la ventana. Calla el perro.)
¡Ajajá!
¡Qué perro mas imprudente!
Pero ahora, ¿qué voy á hacer?
Yo necesito salir.
El General va á venir
y me halla con su mujer.
Si bajo, ese bigotazos
me hace pedazos. Si espero,
llega el otro caballero
y también me hace pedazos.
Sólo cuando raye el día
podré salir de este encierro.
¡Entre el General y el perro
buena situación la mía!
Esa puerta da á un pasillo.
Si está por fortuna abierta...
Vamos á buscar la puerta,
es el medio más sencillo.
No está aquí... Por aquí nada.
¿Quién se ha visto en tal aprieto?
No la encuentro... Á que me meto
en la alcoba. (Llega á la puerta.)
¡Está cerrada!
¡Pues señor, resignación!
Cuando venga el General
yo le diré: aquí no hay mal.
Por una equivocación
me colé aquí; más su esposa
no sabe... estaba dormida...
y él se lo cree en seguida
y me rompe cualquier cosa!
¡Qué triste tu suerte ha sido,
pobre Julia, amiga mía,
ángel puro, yo quería
salvarte y yo te he perdido!
¡Mañana la sociedad

te herirá con su desvío!

TRIN. (Dentro.) «Es una serenata.
¿Quién podrá ser?
Es una serenata.
(¡Sí, será él!)»

JUAN. ¡Qué escucho! ¡Qué voz! ¡Dios mío!
¡Es la voz de Trinidad!
¡Aquí con ella! ¡Qué horror!
¿Qué explicación? ¿Qué pretexto?
Vienen... Me sorprenden... ¡Esto
es muchísimo peor!
¡Toda una noche de encierro
con ella! ¿Qué voy á hacer?
¡Casarme! No puede ser.
¡Antes que me coma el perro!
Pero si las dos están,
Julia y ella... me he salvado.
Pasos... Abren con cuidado.
Una luz... El paravent!
(Se esconde detrás del paravent.)

ESCENA XV.

JUAN y TRINIDAD.

TRIN. (Con una palmatoria.)
¿Á quién ladrará atrevido,
Sultán? (Se asoma á la ventana.)
¡Pobre perro! ¡En vela!
Ahí está de centinela.
¡Un ruído en el paravent!
(Viene al parevent y dá la vuelta al mueble. Juan corriendo la dá delante de ella sin que le vea.)
¡Nadie! ¡Si está sola aquí
Julia! ¡Vaya una emoción!
¡Ay!

JUAN. ¡Ay!

TRIN. ¡En este salón
hay eco! Claro le oí.
Yo suspiraba con gana
y me contestó oportuno.
¡Ay! ¡Para ecos, ninguno
como el del Puente de Triana.

Eco que una vez oí,
dulce para las mujeres.
Se le pregunta: ¿me quieres?
y el eco contesta: sí.
¡No lo habrá así en Aranjuez!
Triste viudez que no pasa.
¿Me quieres?

JUAN. (No estoy en casa!)

TRIN. ¡Adelante la viudez!

(Entra en la alcoba. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

TRINIDAD.

Entra en escena por la izquierda.

¡Las siete y yo levantada
hace muchísimo rato!
Trinidad, te desconozco.
Á estas horas, ¡cielo santo!
lista, peinada, lavada
y planchada! ¡Qué temprano
hasta las más perezosas
se levantan en el campo!
Si no es posible dormir.
En saliendo el sol, los pájaros
con serenata ruidosa
turban el sueño más plácido,
y por la verde persiana,
que de noche mal cerramos,
los rayos del rubio Febo
se meten sin gran trabajo
y en la cama nos visitan
con el mayor desenfado.
(Va á la ventana.)

¡Qué mañana tan divina!
¡Qué verdes esos sembrados!
¡Qué rojas las amapolas!
¡Qué colores tan lozanos
esas flores, y qué cielo
tan transparente y tan claro!
Y allá hacia Levante el sol
volviendo de su desmayo,
envuelto en nube de rosa,
que está recien levantado
y está fresca la mañana
y puede coger un pasmo.
¡Qué imaginación la mía
y con qué viveza hablo
y con qué gracia y con qué
poca vergüenza me alabo!
(Viene al proscenio.)
Me vuelven loca las flores,
los arroyos y los cantos
de las aves, y las plantas;
¡y un hombre muy bien plantado
sobre todo! No hay de qué.
Esos cantan en la mano.
Pasos... Llaman.

JULIA. (Desde fuera.) Trinidad.

TRIN. ¡Mi Julia! Espera: ya abro.
(Va á abrir la puerta del fondo.)

ESCENA II.

JULIA y TRINIDAD.

TRIN. ¿En dónde estará la llave?
Si la he perdido, ¡qué chasco!
En el bolsillo la puse.
¡Caracoles! Si llevamos
en un sitio los bolsillos
que es una obra de romanos
llegar hasta él. Ya llegué.
Aquí está ya. ¡Se ha salvado
la pátria!

(Abre la puerta: entra Julia: la abraza con entusiasmo.)

¡Julilla mía!

JULIA. ¡Trinidad!

TRIN. ¿Qué tal estamos?

JULIA. Bien.

TRIN. ¿Has dormido?

JULIA. Muy bien.

TRIN. ¿Te han visto?

JULIA. Ninguno.

TRIN. El cambio
ha pasado inadvertido.

JULIA. Para todos he pasado
la noche en mi habitación.

TRIN. Yo en mi cuarto y tú en tu cuarto.

JULIA. ¡Si lo sabe el general!

TRIN. No temas.

JULIA. Como es tan bravo,
el miedo no lo perdona.

TRIN. ¿Y quién ha de ir á contárselo?

JULIA. ¿Y tú, Trinidad?

TRIN. Muy bien,
porque yo no me acobardo
por nada. Pero si tú
te quedas...

JULIA. Sí... ¿Qué ha pasado?

TRIN. ¡Toda la noche rumores
y ecos y ruídos y pasos,
y Sultán ladra que ladra!

JULIA. ¡Jesús! Pero ¿á quién?

TRIN. Ladrando
á la luna, de seguro.

JULIA. ¿Y qué has hecho?

TRIN. No hice caso,
y me acosté muy tranquila
y he dormido y he soñado.

JULIA. ¡Qué mujer!

TRIN. ¡Un sueño dulce!
El más dulce y el más grato!

JULIA. ¡Ah! Ya sé: la lotería.
Esta noche te ha tocado
el premio grande.

TRIN. Mejor
que el premio grande.
JULIA. No caigo.
TRIN. Para una viuda... un marido.
Esta noche me he casado.
JULIA. ¿Te has casado?
TRIN. Ante el altar
me he visto toda de blanco
con corona de azahar
y sobre mi pecho un ramo
de azahar.
JULIA. ¡Jesús María!
TRIN. Cosas de los sueños, claro.
Y delante un sacerdote
revestido, con simpático
acento á los dos leyendo
la epístola de San Pablo.
Un párroco venerable,
con todo su pelo blanco
y con luenga barba rubia.
JULIA. ¡Con barba!
TRIN. Chica, soñamos
unos disparates...
JULIA. Dí.
¿Qué más?
TRIN. ¡Ay! Cuando el prelado
me amonestaba diciendo
que yo debía á aquél zángano
obediencia, sumisión,
no salir sin su mandato,
ser respetuosa y humilde,
desperté del sobresalto.
JULIA. ¡Qué genio! ¡Cómo te envidio!
TRIN. ¡No me envidies, mamarracho!
¿Quién como tú? ¡Generala!
¡Generala!
JULIA. ¡Estás hablando
á un tiro de mulas, chica!
¡Generala!
TRIN. Que me enfado
contigo, muñeca. Hablaba
á una hermana mía, ¿estamos?

ESCENA III.

DICHAS y JUAN.

JUAN. Muy buenos días.
TRIN. Felices.
JUAN. ¿Qué tal? ¿Hemos descansado?
JULIA. Toda la noche en un sueño.
TRIN. Yo no, que estuvo ladrando
ese diablo de Sultán
y me despertó su canto.
¿Usted no le ha oído?
JUAN. No.
Duermo allá tan retirado
y duermo como un lirón.
Á mí solo un cañonazo
me despierta.
JULIA. Pero usted
cojea.
JUAN. Nada: me he dado
un golpe.
TRIN. ¿Sí?
JUAN. Me he caído
hoy de la cama soñando,
una horrible pesadilla.
Me encontré en medio del campo
con un toro.
TRIN. ¡Vaya un susto!
JUAN. Aunque no soy zanquilargo,
¡qué manera de correr
y de saltar! y él bramando
detrás de mí, por la boca
vomitando espumarajos;
ya me alcanza, ya me alejo,
ya caigo, ya me levanto,
aquí le doy un recorte,
allí un gran quiebro le hago
entre las astas, me encuna,
caigo de piés y le saco
ventaja al bicho.
TRIN. ¿Y por fin?

JUAN. ¡Y por fin no me ha pillado!
¿Mas no está aquí el General?
Le he visto de su caballo
bajar.

JULIA. Se habrá entretenido
dando al bueno de Bernardo
conversación.

JUAN. Pues por eso
he venido, aunque es temprano,
á saludarle.

JULIA. Aquí está.
Conozco muy bien su paso.

ESCENA IV.

DICHOS y el GENERAL por el fondo.

GEN. Señores.

JULIA. (Corriendo á él.) ¡Antonio!

GEN. (Muy brusco.) ¡Quita!
¡Déjame!

JULIA. ¿Qué tienes? ¿Pablo
está peor?

TRIN. Está grave?

JUAN. ¿Espirando?

GEN. ¡Qué espirando!
¡Cómo espirar! ¿Pues qué así
va á morirse un veterano
por unas malas tercianas?
¡Con quinina está curado
en dos dias! No está mal,
y muy pronto estará sano,
más firme que yo. Un dolor
de cabeza en un paisano
es un dolor de cabeza,
y un catarro es un catarro.
Pero en nosotros, los males
no son males. Los pasamos
de pié, y á una pulmonía
la llamamos constipado,

y á un ataque cerebral
fulminante, le llamamos
jaqueca, y al tifus...

JUAN. Sí.
Sarampión.

GEN. Pues está claro.

JULIA. Entonces, ¿qué tienes?

GEN. Nada.

JUAN. Cansancio.

GEN. ¿Cómo cansancio?
Por cuatro leguas al trote
cansarme yo, ¡voto al chápiro!

JULIA. Entonces sueño.

GEN. ¡Yo sueño!
¡Yo que en la guerra he velado
treinta noches!

TRIN. ¡Lo que tiene
es un humor de los diablos!

GEN. Eso sí.

JULIA. Pero, ¿por qué?

GEN. Porque sí.

JULIA. (¿Qué habrá pasado?)

GEN. ¡Tenemos que hablar! (Bajo á Juan.)

JUAN. Corriente.

GEN. En secreto.

JUAN. (¡Ya me escamo!)

GEN. ¡Pasan cosas graves! (Bajo.)

JUAN. ¿Eh?

GEN. ¡Gravísimas! (Bajo.)

JUAN. (¡Malo, malo!)

GEN. Me llevo á las dos y vuelvo.

JUAN. General, aquí le aguardo.
(¡Esto me da mala espina!)

GEN. Mas, ¿qué hacemos? No bajamos
al jardín á pasear
para disfrutar un rato
del fresco de la mañana?

TRIN. Si yo lo estoy deseando.
Da usted el brazo á su esposa,
y yo á Juan.

GEN. Tengo dos brazos
para las dos. No hace falta

don Juan.

JULIA. Corriente, pues vamos.

TRIN. No sea usted cascarrabias.
¡Un hombre tan campechano,
tan simpático!

GEN. (El General da el brazo á Julia y Trinidad.)
Señora...
¡Yo rabio por lo que rabio!

TRIN. Porque está muerto de sueño
y no quiere confesarlo. (Salen por el fondo.)

ESCENA V.

JUAN.

—¡Cómo estoy! ¡Pobre de mí!
¡Todo el cuerpo dolorido!
¡Qué rato más divertido
he pasado anoche aquí!
Ahí una viuda hechicera
que conquistarme ha jurado,
y allá un perro de ganado
con la intención de una fiera.
¿Qué hacer? Pensaba en mi duda.
¿Cómo salir de este encierro?
¡Ó casarme con el perro,
ó que me muerda la viuda!
Vacilé un rato, por fin
dige: moriré soltero.
Lo he decidido. Prefiero
que me devore el mastín.
Al jardín bajé, me vió,
con furia ladra al intruso
y en dos patas se me puso.
¡Era más alto que yo!
Para que calle el traidor
que contra mí se levanta,
le atenazo la garganta
con las manos. Con furor
intenta darme bocados,
yo aprieto más, él se emperra,
me da un empujón y á tierra

vamos los dos abrazados.
Logro desasirme de él,
me levanto como puedo,
sus alas me presta el miedo,
corro, detrás el lebrel,
me alcanza por fin, me pilla
de sus dientes con los filos
y se me lleva dos kilos
de carne de pantorrilla.
Antes que pueda alcanzar
la escalera el fiero alano
me hace presa en esta mano,
entro al fin, logro cerrar
y desde el balcón los ojos
ven con dolor al maldito
con el mejor apetito
comiéndose mis despojos.
Este bocado infamante
lo oculta el guante prudente.
¿Qué va á decir esa gente
al ver que almuerzo con guante?
Se reirán. Diré en mi abono
que es esta la última moda
en la aristocracia, en toda
la *hige life* y el gran tono.
En fin, que con mi osadía
y mis piernas me salvé.
Con todo, no sé por qué
dudo y temo todavía.

ESCENA VI.

JUAN y el GENERAL por el fondo.

GEN. En el jardín las dejé
y aquí me tiene de vuelta.
JUAN. Y aquí me tiene á sus órdenes.
GEN. Usted desde hace ya fecha
remota es mi amigo.
JUAN. ¡Vaya!
GEN. ¿De veras?
JUAN. Y tan de veras.

GEN. El único que yo tengo.
¡Una persona discreta,
formal, seria, reservada,
todo un caballero en regla,
correcto y pundonoroso,
á quien puedo con franqueza
abrirle mi corazón
para confiarle mis penas!

JUAN. Usted dispone de mí,
mi General, como quiera.

GEN. Mil gracias, don Júan, mil gracias!
Vayan esas manos.

JUAN. Vengan.

(El General le aprieta las manos con fuerza.)

¡Ay! ¡Dios mío!

GEN. ¿Qué le pasa?

JUAN. ¡Caracoles! ¡Que usté aprieta
sin compasión!

GEN. ¿No es verdad
que aún tengo bríos y fuerzas?

JUAN. Ya lo creo.

GEN. ¡Y energías
para oprimir con la diestra
una espada y traspasar
el pecho del que me ofenda,
y matar á un seductor
y arrojar á una coqueta
de una casa donde mancha
el nombre honrado que lleva!

JUAN. Pero, ¿cómo? (¡Éste lo sabe!
¡La casa se vino á cuestas!)

GEN. Sentémonos y hablaremos.

(Se sientan: Juan á la izquierda del General.)

JUAN. Hablemos. (¿Tendrá sospechas
ó certidumbres?)

GEN. (Dando un golpe en la pierna derecha de Juan.)
¡Ay! ¡Juan!

JUAN. ¡Ay! ¡General! ¡Ay! ¡mi pierna!

GEN. Pero, Juan, está usted hecho
de mantequilla, por fuerza.

JUAN. ¡Oh! no. Estoy hecho... estoy hecho
(¡hecho pedazos!) De piedra

es esa mano.

GEN. Bien hecho,
Juan. ¡Muy bien hecho! ¡Muera
usted soltero! El honor
es carga que mucho pesa,
y de una mujer los hombros
tienen poca resistencia.
¡La carga es grande y la abruma,
anda, vacila, tropieza,
quiere sostenerse, cae
y al lodo y usted con ella!
¡Oh! ¡se me enciende la sangre!
(Le golpea la pierna con furia.)

JUAN. ¡Por Dios! ¡qué no se le encienda
con tal furia, General!

GEN. ¡No es fácil que me contenga
cuando pienso en ciertas cosas!
(Lo pega otra vez.)

JUAN. (Se levanta y se sienta á la derecha del General.)
(Sí, pues vuelta á la derecha.)
En suma: ¿de qué se trata?

GEN. Coordinaré mis ideas,
si es que puedo.

JUAN. (¡Alguna carta
que ha pillado! Una imprudencia
de Manuel.)

GEN. Yo aquí venía
al galope de mi yegua,
con tal prisa de llegar.
y abrazar á esa chicuela,
que sin compasión rasgaba
los ijares de la bestia.
Llego al fin, mi fiel Bernardo
ya me esperaba en la puerta.

JUAN. El jardinero.

GEN. Mi amigo,
el que hizo toda la guerra
á mi lado, el camarada
á quien salvé la existencia,
y que hoy daria por mí
cuanta sangre hay en sus venas,
un perro de presa mío.

JUAN. (¡No hay más que perros de presa
en esta casa!)
GEN. Me ayuda
á bajar, mi mano estrecha
la suya, quiero subir;
pero al pie de la escalera
me detiene. ¿Qué te pasa?
Con permiso de vuecencia,
tenemos que hablar, hablamos.
¡Y entonces! ..
(Le pega en la pierna izquierda.)
JUAN. (En esa pega
cuanto gustes.) ¿Mas qué dijo?
GEN. Anoche, á las diez y media
todos dormían, él no.
Cuando yo me marcho, él vela.
JUAN. (¡Esto va mal!)
GEN. ¡En su cuarto
el buen hombre daba vueltas,
cuando de repente escucha
á Sultán ladrar con ciega
rabia!
JUAN. (¡Demonio! Esto va
conmigo.)
GEN. El hombre se acerca
á la vidriera. ¿Y qué ve?
Al leal perro que cierra
el paso á un hombre que baja
de esta ventana.
JUAN. ¿De esta?
GEN. ¡Del cuarto de mi mujer!
JUAN. ¿Pero eso es posible?
GEN. Entra
en su habitación, agarra
colérico la escopeta,
se asoma y apunta.
JUAN. ¡Diablo!
GEN. Para matar al que intenta
deshonrarme.
JUAN. ¡Qué animal!
GEN. ¡Cómo animal! Ese era
su deber!

JUAN. Si hablo del perro.
Me admiro de su fiereza.
¡Qué animal tan animal!
Y al fin, ¿qué más? Me interesa
saber. Al fin hizo fuego.
GEN. Había cambiado la escena.
Hombre y perro se perdieron
entre la negra arboleda.
JUAN. Y no pudo conocerle.
GEN. No ve bien. Perdió en Morella
un ojo.
JUAN. Y el otro, ¿en dónde?
GEN. Del otro sólo se encuentra
regular.
JUAN. No puede darnos
señas?
GEN. Ni una sola seña.
JUAN. No sabe si entró en la casa?
GEN. No.
JUAN. Ni si saltó la verja?
GEN. Tampoco. Bajó al jardín;
pero no encontró la huella.
JUAN. (Respiro.)
GEN. Es fuerza tener
prudencia.
JUAN. Mucha prudencia.
Y á Julia, nada.
GEN. Eso no.
JUAN. Es muy posible que sea
inocente.
GEN. ¡Yo la amaba
tanto! Estaremos alerta,
vigilaremos. Quién sabe.
Quizás vuelva. Cómo vuelva
y le pille... Usted me ayuda.
JUAN. ¡Oh! sí. ¡Con todas mis fuerzas!
Usted quizás no le halle;
pero ese mozo se encuentra
conmigo. ¡Yo se lo juro!
GEN. Muy bien, Juan, en cuanto sepa
quien es, déjemele á mí!
JUAN. Eso corre de mi cuenta.

Ya verá usted.

GEN. Tengo una idea.

JUAN. Venga esa idea.

GEN. Voy á correr al jardín
á ver si encuentro una prueba.
Quizás perdiera en la lucha
un papel, una cartera,
el pañuelo.

JUAN. ¡Caracoles!
(Buscando su pañuelo en los bolsillos.)
¡Está aquí!

GEN. ¿Quién está?

JUAN. Era un aparte.

GEN. Vuelvo pronto, Juan.

JUAN. ¡Mi General! ¡Firmeza, valor!

GEN. ¡Mi leal amigo!
¡venga esa mano!

JUAN. ¡La izquierda, la del corazón!

GEN. ¡Y el alma!
(¡Mi Julia! ¡Venderme ella!)
Sale por el fondo.)

ESCENA VII.

JUAN.

Se prepara un cataclismo
aquí. Claro lo veía.
¡Buena situación la mía!
Yo buscándome á mí mismo.
Si un incidente fatal
descubre al fin que yo soy...
En el primer tren me voy.
Mas, ¿qué dirá el General?
Tal fuga es acusación
manifiesta, dirá él.
¿Cómo dejar á Manuel

conociendo su intención?
Yo salvar he prometido
á Julia y he de concluir
mi obra, y en tal caso huir
no es de un hombre bien nacido.
¡Estoy por ese maldito
en un trance! ¡Voto vá!
(Dando un golpe en la mesa.)
¡Ay! ¡Ay! Me olvidaba ya
de mi herida!

MARTIN. (Por el fondo con un papel.)
Señorito.

ESCENA VIII.

JUAN y MARTÍN.

JUAN. ¿Qué pasa?
MARTIN. Este pliego.
JUAN. Espera
por si debo contestar. (Abre y lee.)
¡Ministerio de Ultramar!
¡De mi tío! ¡Oh, Dios! ¡Si fuera
lo que para esta semana
me han prometido! ¡Oh, contento!
¡Oh, placer! El nombramiento
de Manuel para la Habana!
¡Al cabo lo conseguí!
Para Cuba, un alto puesto!
Un magnífico pretesto
para sacarle de aquí.
Desafío su furor,
lo llevo á Cádiz, lo embarco,
y si se resiste, al charco
de cabeza, es lo mejor.
Para una pasión impía,
abrasadora y ardiente,
es un remedio excelente
un buen baño de agua fria.
Mañana tomará el tren,
porque lo mando y lo quiero.
(Entra Amalia por el fondo.)

Á don Manuel que le espero;
que no tarde. (Al Criado.)

MARTIN. Está muy bien. (Sale.)

ESCENA IX.

JUAN y AMALIA.

JUAN. Si insiste en su terquedad
hoy le pego yo á Manolo.

AMALIA. ¿Está usted hablando solo?

JUAN. Mal síntoma, ¿no es verdad?

AMALIA. Juan.

JUAN. ¿Qué hay, señora?

AMALIA. Venía
á hablarle á usted.

JUAN. ¿Á mí?

AMALIA. Sí.

JUAN. (Hoy es día para mí
de conferencias. ¡Gran día!)

AMALIA. ¿Qué pasa aquí?

JUAN. Yo no sé.
Pues nada. (Esto se complica.)
¿Qué es ello?

AMALIA. ¿Qué significa
lo que ví yo anoche?

JUAN. ¡Usté!

AMALIA. Significa que algo pasa
lo que anoche he visto yo.

JUAN. (¡Anoche nadie durmió
en esta bendita casa!)

AMALIA. Anoche yo no podía
dormir; él también velaba;
en su cuarto paseaba
agitado y discutía
cual si hablase á no sé quién.
De repente abre la puerta
de su habitación; yo alerta
abro la mía también.
Sale y se vá.—¿Dónde irás—
exclamo.—¡Te seguiré!—

Oigo un ruído; sale usté
de su cuarto y va detrás.
¿Dónde iban ustedes dos?

JUAN. Pues íbamos á tomar
el fresco y á pasear.
(¡Qué lío! ¡Válgame Dios!)
¡Oh, qué noche! ¡qué hermosura!

AMALIA. Esta mañana le ví
en el jardín, le seguí.
Sobre la corteza dura
de un álamo colosal
estaba el bueno del hombre
grabando un nombre.

JUAN. ¡Qué! ¡Un nombre!

AMALIA. ¡El de su amor!

JUAN. (¡Qué animal!)

AMALIA. Oculta le contemplé
lo menos veinte minutos.

JUAN. (¡Qué enamorados tan brutos!)

AMALIA. Se alejó: yo me acerqué.

JUAN. Y decía...

AMALIA. Allí grabó
una Jota,

JUAN. ¿Jota? Pues
yo no adivino...

AMALIA. ¡Quién es
esa Jota!

JUAN. ¡Qué se yo!

AMALIA. Entre las amigas mías...

JUAN. Será Jacinta, Juliana,
ó Justa ó Jesusa ó Juana,
ó Jacoba ó Jeremías.
Mas, ¿por qué escribir allí
el nombre de una; por qué?
Querría poner José,
ó Jamás ó Jabalí.
Jota... Juan. Ya está aclarado.
¿Mi nombre así la alborota?
Todo el que escribe una Jota
no es porque esté enamorado.

AMALIA. De su confusión me río.
Á disculparle dispuesto

siempre. ¿Sabe usté lo que esto
significa, señor mío?
Que esa afición vergonzosa
vive en él, que esa querida
liviana por la que olvida
á la legítima esposa
no está como yo creí
léjos, está en mi camino,
la presiento, la adivino
cerca, muy cerca de mí.
No puede vivir sin verle,
le asedia, le solicita.
Anoche acudió á una cita
y usted corrió á detenerle.
¡Inquieta y enamorada
le esperaba la traidora!

JUAN. No señora, no señora.
Está usted equivocada.
¿Me tiene usted por sincero,
por leal? Pues yo la juro
por mi nombre honrado y puro
y mi fé de caballero,
que á cita ninguna fué,
que ni es traidor ni la olvida
por otra, que esa querida
es una ilusión de usté,
que ni existe tal manceba
ni le ha venido á buscar.

AMALIA. Basta: usted me puede dar
una prueba.

JUAN. ¿Yo una prueba?

AMALIA. En este momento.

JUAN. ¿Ahora?

AMALIA. ¿Usted le ha llamado?

JUAN. Sí.

AMALIA. Vendrá: yo me oculto allí
y oigo lo que hablan.
(Señalando el paravent.)

JUAN. Señora.
¡Por Dios! ¡Eso no es prudente!

AMALIA. Si me oculta el paravent.

JUAN. Con todo...

AMALIA. ¿De qué hablarán?
¿Si hablan de algo indiferente
qué le importa?
JUAN. (¡Qué mujer!)
Es que hay cosas peligrosas,
indiscretas, en fin, cosas
que no se pueden hacer.
No lo puedo consentir.
Los hombres sólos hablamos
de un modo... Nos propasamos
y no nos debe usté oir.
Se nos vá á ofender.
AMALIA. ¿Por dónde?
JUAN. Es un lazo que tendemos.
AMALIA. ¿Cómo un lazo?
JUAN. No podemos
hacerlo. Si usted se esconde
en cuanto él venga hácia acá
yo le digo: ¡tu mujer
está allí! ¡No puede ser!
AMALIA. No puede ser, pues será.
Yo le escucho desde allí.
Si en delatarme se empeña,
si hace usté un gesto, una seña
para denunciarme á mí,
salgo y á todos pregunto
que pasó anoche.
JUAN. Señora.
AMALIA. Á qué bajó usté á deshora
al jardín.
JUAN. ¡Por Dios!
AMALIA. Qué asunto
entre mi esposo y usted
trataban.
JUAN. (¡El diablo tiene
en el cuerpo!)
AMALIA. ¡Chist! ¡Ya viene!
JUAN. (¡Me ha pegado á la pared!)
Amalia, yo le aseguro.
AMALIA. ¡Silencio! ¡Yo estoy aquí!
(Se oculta detrás del paravent.)
JUAN. ¡Hoy me vuelven loco á mí!

¡Qué apuro! ¡Vaya un apuro!

ESCENA X.

JUAN y MANUEL. Amalia detrás del paravent.

MAN. Adios, Juan.
JUAN. Hola, Manolo.
¿Qué tal?
MAN. ¿Tengo mala cara?
JUAN. Nada de eso.
MAN. No he dormido
esta noche.
JUAN. La mudanza
de aires... el calor, los nervios...
MAN. ¿Me llamabas?
JUAN. Te llamaba.
MAN. Á hablarme de lo de siempre,
¿no es verdad?
JUAN. No, chico, nada.
Á echar contigo un cigarro,
á cambiar cuatro palabras.
¡Cuándo uno se encuentra solo,
las horas se hacen tan largas!
(Manuel se acerca á la ventana.)
MAN. ¡Qué delicioso jardín
y qué soberbia mañana!
¡Aquél tilo que gallardo
hasta el cielo se levanta:
más allá frondosa vid
recorre la blanca tapia,
crece, trepa y desde arriba
columpia las verdes ramas;
aquí una rosa de té
se está mirando en el agua,
un lirio mirando al cielo
con él sus hojas compara,
y sobre la verde alfombra
de ese césped se destacan
de mil caprichosas flores,
las corolas encarnadas
y amarillas!

JUAN. (¡Menos mal
si le dá por la botánica!
(Manuel se pasea y tararea. Juan canta y se pasea.)
¡Hasta ahora, vamos muy bien!
¿Te enteras, hija del alma?
Abre esos oidos, tonta.
Bravo, Manuel. ¡Canta, canta!)

MAN. Juan.

JUAN. ¡Qué satisfecho estás?

MAN. ¡Yo contento! ¿Has visto á Amilia?

JUAN. ¡No la he visto! (¿Qué dirá?)

MAN. ¿No sabes por donde anda?

JUAN. No lo sé. (Si él me entendiera,
Dios mío, sin que yo hablara!)

MAN. Esta mañana creí
verla.

JUAN. ¿Verla?

MAN. Adivinarla;
yo pensé que me seguía.

JUAN. Te seguía.

MAN. Me espiaba.

JUAN. ¡Cómo espiarte! ¿Por qué? (Atajándole.)
¿Por qué razón? ¿Por qué causa?

MAN. ¿Tendrá sospechas?

JUAN. ¿De qué?
¿Por qué? ¡Chico, tú desbarras!

MAN. Sospechas de...

UAN. (Á la ventana.) ¡Qué jardín!
Qué deliciosa mañana!
¡Aquella dorada viña
cómo se mira en el agua!
¿Y aquella azulada rosa?
¿Y aquella amapola blanca?
¿Y aquél tilo corpulento,
que extiende sobre la tapia
sus racimos!

MAN. Pero Juan,
¿estás loco? Disparatas
de un modo.

JUAN. ¿Y el cisne aquél?
¡Y el ganso éste! ¡Me entusiasma
el campo!

MAN. Piensas estar
una larga temporada
en Aranjuez?
JUAN. Con vosotros
todo el tiempo.
MAN. ¿Sí?
JUAN. Me encanta
esta posesión.
MAN. ¡Y á mí!
No saldría de esta casa
en la vida. Sólo aquí
encuentra alivio mi alma,
porque veo...
JUAN. Amigos fieles (Interrumpiéndole.)
á tu lado, una adorada
esposa.
MAN. Y además.
JUAN. Sí.
¡El campo! ¡Noches templadas,
tardes tranquilas, auroras
brillantes de rosa y nácar.
MAN. Y sobre todo eso...
JUAN. ¡El campo!
¡Los árboles y las plantas,
los álamos y los tilos!
MAN. ¡Qué tilos! ¡Estás en bábia!
Veo á mi dicha, á mi amor,
á mi Julia!
JUAN. (¡Así te parta
un rayo!)
AMALIA. (Presentándose.) ¡Conque era Julia!
MAN. ¡Mi mujer!
JUAN. ¡Por Dios, Amalia!

ESCENA XI.

DICHOS, MARTÍN.

AMALIA. ¡Te has delatado por fin!
Bien, Manuel, así me pagas

cinco años de paz, de amor,
de virtud y de constancia.
Bien, Juan, es usté un amigo
de lo que no imaginaba.
Para Manuel, excelente;
más para mí, sin entrañas.

JUAN. (El que se mete á arreglar
matrimonios, siempre paga
los vidrios rotos!)
(Amalia llama á un timbre.)

MAN. ¿Qué es eso?

JUAN. ¿Qué ha hecho usted?

MAN. ¿Para qué llamas?
(Entra Martín.)

AMALIA. Al General que le espero,
que venga aquí.

JUAN. (¡Vírgen santa!)
(Sale Martín.)

ESCENA XII.

DICHOS, menos MARTÍN.

JUAN. ¿Para qué le llama usted?

MAN. ¿Qué intentas, Amalia?

AMALIA. Nada.
¡Decir á ese pobre anciano
que no viva en la confianza,
que tiene mujer hermosa,
tan hermosa como falsa,
y un amigo vil, traidor,
y otro que consiente y calla
y que nos arroje á todos
á puntapiés de su casa!

MAN. No, Amalia, eso no es posible.
¡Yo te confieso mis faltas
y humilde pido perdón
de rodillas á tus plantas!
Julia jamás me ha escuchado.
¡Tú que nunca has sido mala
no puedes tomar de mí
tan espantosa venganza!

JUAN. Esa niña es inocente.
Se lo juro á usted.
AMALIA. ¡Oh! basta
de juramentos.
MAN. No te oye.
AMALIA. Antes también lo juraba.
JUAN. Pues aunque usted no me crea
yo lo juro. Á esa muchacha
usted no puede perderla.
¡Celosa y arrebatada
y ofendida con razón
grita, insulta y amenaza;
mas pasado este momento
de furor vendrá la calma
y se callará la ira
de su violencia cansada
y hablará ese corazón
que ahora desgarrado calla,
y que sabe decir cosas
muy hermosas cuando habla!
¡Qué culpa tiene esa niña
de las torpes asechanzas
de este loco! Para este
un presidio ó una jaula.
¡Mas para Julia los brazos,
porque Julia es una santa!

ESCENA XIII.

DICHOS y el GENERAL por el fondo.

GEN. ¡Oh! ¡señores!
JUAN. (¡Ya está aquí!)
MAN. (Bajo.) Amalia mía, perdón
JUAN. (Bajo.) ¡Señora, por compasión!
GEN. ¿Usted me llamaba?
AMALIA. (Con firmeza.) Sí.
MAN. Pero Amalia...
JUAN. (Bajo á Manuel.) Ten aplomo.
GEN. ¿Qué desea usted?
MAN. ¡Por Dios!

JUAN. Nada: le llaman los dos (Interponiéndose.)
para despedirse.
GEN. ¿Cómo?
JUAN. Aunque les es muy sensible
partir,.. Le acaban de dar
un destino en Ultramar
á Manuel.
GEN. ¿Cuándo? ¡Es posible!
MAN. (Bajo á Juan.) ¡Magnífica idea es!
AMALIA. (¡Y querrá que yo lo crea!)
MAN. ¡Qué buena idea! (Bajo.)
JUAN. (Bajo.) ¡Qué idea!
¡Que te embarcas este mes!
(Presenta el pliego.)
Le apremia mucho el gobierno.
No se pueden detener.
Hé aquí el nombramiento.
AMALIA. ¿Á ver?
MAN. (¡Pero es verdad, Dios eterno!)
AMALIA. ¡Es cierto! (Leyendo.)
JUAN. (Bajo.) ¿Vé usted, señora?
Él no ha faltado á su fé.
Pensando siempre en usté
contra una pasión traidora
luchaba con heroismo.
Él mismo ha solicitado
ir á Cuba destinado.
AMALIA. No me engaña. ¡El mismo!
JUAN. ¡El mismo!
MAN. (¡Qué viaje! ¡Qué travesía!)
JUAN. ¿Callará usted?
AMALIA. Callaré.
JUAN. ¡Ven, Manuel! ¡Mírele usté,
está loco de alegría!
GEN. ¡Caramba! ¡Tan de repente
marcharse de nuestro lado!
JUAN. (¡Valiente susto me ha dado
este demonio de gente!
¡Mas sin nada extraordinario
todo acabó por fin hoy!)
GEN. ¡Juan! (Bajo.)
JUAN. ¿Qué sucede?

GEN. Que estoy
sobre la pista!
JUAN. (¡Canario!)
¿De verás? (¿Quién me vería?)
GEN. Á matarle estoy dispuesto!
JUAN. ¡General! (Vaya, pues esto
no ha concluído todavía.)

ESCENA XIV.

DICHOS y TRINIDAD por el fondo.

TRIN. ¡Ay, señores, ¡qué impresión
tan fuerte he experimentado!
JUAN. (¡La tempestad!)
TRIN. ¡Ay, me ha dado
pena, miedo y compasión!
Le acabo de ver ahora.
Antes tan mono y travieso,
tan juguetón!...
AMALIA. Mas ¿qué es eso?
JUAN. ¿Qué le pasa á usted, señora?
TRIN. Mire usted, yo soy así.
Por buenos y por leales
prefiero los animales
á las personas!
JUAN. ¡Sí!
TRIN. Sí.
Valen más si bien se vé.
¡Los hay más inteligentes,
más que muchísimas gentes!
JUAN. ¿Y á mí me lo cuenta usté?
TRIN. ¡Ay, yo estaba enamorada
de Sultán.
JUAN. (Sí, pues yo no.)
TRIN. Cuando lo he sabido yo
me he quedado consternada.
AMALIA. Mas ¿qué le pasa á Sultán?
TRIN. El pobre tiembla de frío.
Cuando le llamé ¡ángel mío!
me miró con un afán

desde el fondo de su encierro
y lágrima abrasadora
en sus ojos ví.

JUAN. ¡Señora!
¡Cómo ha de llorar un perro!

TRIN. Ninguno le puede hacer
comer. Me da mucha pena.

JUAN. (Claro: después de la cena
de anoche, ¡qué ha de comer!)

TRIN. Erizado sobre el lomo
el pelo, no se contiene
si ve el agua, en fin, que tiene
todos los síntomas.

JUAN. (Asustado.) ¡Cómo!

TRIN. Y el mal hace ya progreso.

JUAN. En fin, ¿quiere usté acabar?

TRIN. ¡Qué va á rabiar!

JUAN. ¡Á rabiar!
¡Socorro! (Cayendo en una silla.)

AMALIA. ¡Juan!

TRIN. Mas, ¿qué es eso?

JUAN. ¡Favor!

MAN. ¿Qué te pasa, dí?

JUAN. Un médico ó soy perdido.

MAN. ¿Cómo?

AMALIA. ¿Por qué?

JUAN. ¡Me ha mordido
anoche ese perro á mí!

GEN. ¡Ah! ¡con qué á usted! (Bajo.)

JUAN. (Levantándose.) ¡General!

GEN. Calma: es un falso rumor.
No hace falta aquí el doctor.
Yo lo he inventado.

JUAN. (¡Animal
de mí!)

TRIN. ¡Usted!

GEN. ¡Me convenía!

TRIN. Pues lo juzgué realidad.

GEN. (Bajo á Juan.)
¿Nos batiremos, ¿verdad?

JUAN. ¿Á pistola? (Bajo.)

GEN. (Id.) Claro, es mía

la elección.

JUAN. Bien.

GEN. (¡Estoy ciego de coraje y de furor!)

JUAN. (Entonces es lo mejor que me entierren desde luego.)

ESCENA XV.

DICHOS y JULIA.

JULIA. ¡Todos reunidos aquí! Ya los podía buscar. Y tú, ¿no quieres estar conmigo?

GEN. ¡Lejos de mí, vete!

JULIA. Yo lejos, ¿por qué?

GEN. (¡Qué hipócrita!)

JULIA. ¡Qué enfadado!

GEN. ¿Anoche aquí qué ha pasado?

JULIA. ¿Anoche?

GEN. ¡Contéstame!

JULIA. ¡Ah! ¿con que lo sabes?

GEN. Sí.

JULIA. ¡Es mucha fatalidad! Se lo contó Trinidad.

TRIN. ¡No, hija mía, yo no fuí! ¿Pero lo sabe?

JULIA. Lo sabe. Ocultártelo quería; ¡pero es una tontería para ponerte tan grave!

GEN. ¡Cómo!

JULIA. Está este pabellón tan solo que tuve miedo.

TRIN. ¡Pobre!

GEN. ¡Entenderte no puedo!

JULIA. Y cambié de habitación.

GEN. ¿No has dormido aquí?

JULIA. Dormí
en el de ésta. Trinidad
me dió amparo.
JUAN. Es la verdad.
GEN. ¿Usted lo sabía?
JUAN. Sí.
La ví entrar... Está cercana
la habitación.
GEN. (Á JUAN.) Si asi fué,
¿entonces qué hacía usté
escalando esa ventana
anoche?
JUAN. (¡Qué situación!)
TRIN. Eso no es cierto. (MUY ALARMADA.)
GEN. Lo es, sí.
TRIN. Anoche yo estaba aquí.
JULIA. Cambiamos de habitación.
TRIN. Es falso: ese hombre no ha entrado.
Calla usted... ¡y usted! (AL GENERAL Y Á JUAN.)
JUAN. (¡Qué lío!)
TRIN. ¡Pero qué es esto, Dios mío!
JUAN. (¡Esto es que me han reventado!)
AMALIA. ¡Jamás lo hubiera creído
en un hombre tan formal!
JULIA. ¡Eso está muy mal, muy mal!
JUAN. Pero si yo...
JULIA. ¡Qué atrevido!
GEN. ¡Qué país! Esto no pasa
ni en Marruecos ni en Turquia.
Pensé que respetaría
el decoro de mi casa!
MAN. ¡Parece mentira, sí!
JUAN. Parece mentira, eh?
(¡Si yo siempre acabaré
por romperte el alma á tí!)
TRIN. ¡Ay! Dios mío, yo me muero!
Estoy deshonrada. (LLORANDO.)
JULIA. ¡No!
TRIN. ¡Julia! (ABRAZÁNDOLA.)
JULIA. ¡Te lo digo yo!
¡Se trata de un caballero!
AMALIA. No hay en su vida un borrón,

es un caballero, ¡sí!
GEN. Es un caballero, aquí
dará una reparación.
TRIN. Yo sí, le tengo, á creeros,
por caballero.
GEN. Lo es.
AMALIA. Todo un caballero.
JUAN. (Pues
aquí de los caballeros!)
Señores: (Perdido estoy!)
Trinidad... (No puedo hablar.)
GEN. Vamos, hay que reparar
una locura!
JUAN. Á eso voy.
Si una hora de irreflexión,
si una malhadada idea,
si un rapto (Bajo á Manuel.) (¡Maldita sea
tu estampa!) Si una pasión
que oculté con disimulo
y que no vencí jamás
me han arrastrado.
(Bajo á Manuel.) (¡Ó te vas
pronto á Cuba ó te estrangulo!)
En justa reparación
hoy leal si antes villano.
GEN. Vamos.
JUAN. La ofrezco mi mano.
TRIN. ¡La acepto de corazón!
GEN. Bravo, así se porta, así
quien se porta como bueno.
Si se resiste, al terreno
conmigo
JUAN. ¿Á pistola?
GEN. Sí.
Si me acepta la futura
seré el padrino.
TRIN. Pues no.
AMALIA. Y yo la madrina.
MAN. Y yo...
y yo voy á ser...
JUAN. ¡Tú el cura!
TRIN. Pero no me dice nada

mi futuro en este día!

JUAN. ¡Oh! si, mi amor, mi alegría,
mi bien, mi esposa adorada,
mi iris, mi vida, mi afán!

TRIN. ¡Mi consorte, mi señor!

JUAN. (¡MÉTASE USTÉ Á REDENTOR
y lo crucificarán!)

FIN.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras músicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.